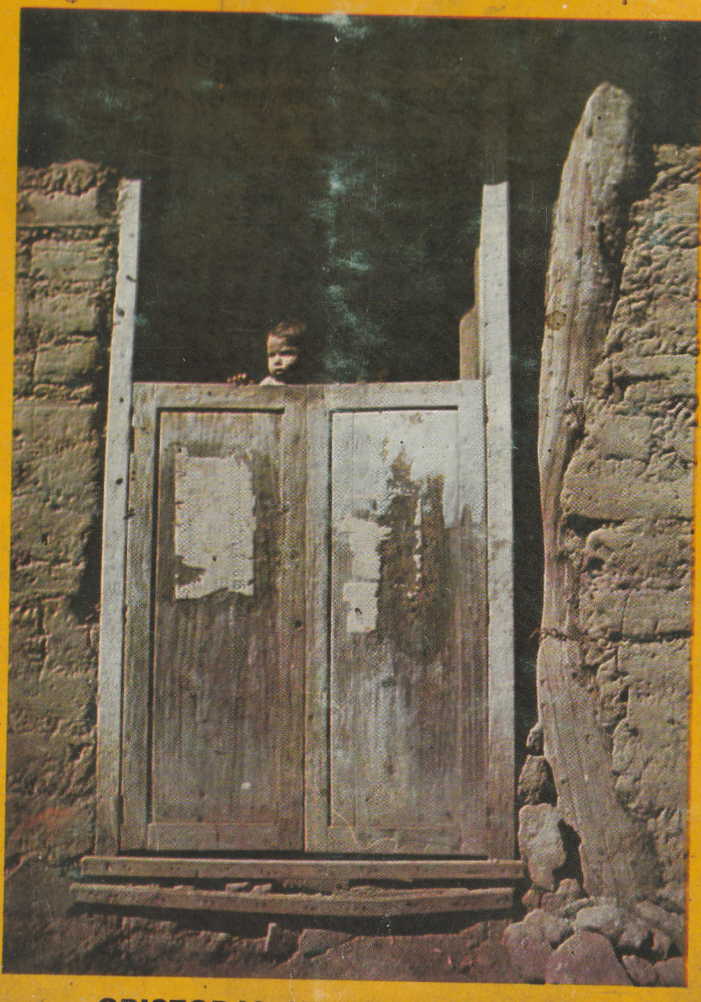
CUENTOS DE SIMA Y CIMA



CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA

Cristóbal Humberto Ibarra, nació en Zacatecoluca en 1920.

Estudió Filosofía y Letras, además de Periodismo. Ha publicado, en poesía: "Gritos" (1946), "Elegía de Junio" (1953) y "Elegía para Oswaldo Escobar Velado" (1969). En prosa: "El Cuajarón" (1958, Primer Premio en los Juegos Florales de San Salvador), "Plagio Superior" (1965), "Cuentos breves para un mundo en crisis" (1968, Primer Premio Juegos Florales Centroamericanos de Quezaltenango), "Francisco Gavidia y Rubén Darío, semilla y floración del modernismo" (ensayo, 1957-1976, Primer Premio Certamen Nacional de Cultura) y la novela "Tembladerales" (1965, Primer Premio Certamen Nacional de Cultura).

En 1967 obtuvo el premio "Emblema de Oro del Periodismo Argentino", otorgado por el "Círculo de Periodistas de la Provincia de Buenos Aires", Argentina.

CUENTOS DE SIMA Y CIMA

Primera edición
Ediciones de los Cuatro Caminos
Talleres Gráficos "Moreno"
Ciudad Eva de Perón, Argentina, 1952.

Segunda edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1977.

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145.
San Salvador, El Salvador, C. A. 1977.

CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA

CUENTOS DE SIMA Y CIMA



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

PROLOGO DE
Miguel Angel Asturias.

ILUSTRACIONES DE
Vicente Krause.

EN MEMORIA DE:

Eduardo Martínez Arenas,
José Ciro Brito,
Luis Rojas Cofiño,
Emmanuel Nover
y
Enrique Negreros,

Fieles amigos centroamericanos, que allá por el año 46 suavizaron mis crudas horas de exilio en Guatemala, pero no alcanzaron a realizar su deseo de ver publicados estos cuentos...

C. H. I.

"...¿Mis cuentos? ¿Es necesario que alguien me lo diga? Yo mismo lo comprendo. No son más que simples historias, sencillas narraciones, cuyos temas he vivido y llevado en mí danzando mucho tiempo, crudos retazos de la vida que nacieron y allí permanecieron aturdiéndome el recuerdo, esperando nada más que la explosión fatal —una de esas muertes que diariamente caen sobre el hombre—, para salir así sencillos, fácilmente limpios, a la manera de hijos que me pidiesen permiso de ir a retozar con los demás chicos del barrio, para tornar a mí con nuevas cargas dolorosas, con más intención acaso, devolviéndome la extraña revelación de haberlos vivido sobre mi propia muerte..."

Fragmento de una carta a
Eduardo Martínez Arenas.

"...Y todo fue en la Guatemala de Tecum de Centroamérica... Cuando un cráter de sol volcó su miel entre los pájaros, retumbó el caracol, hirvieron los esteros, se abrieron los costados de la tierra y el Señor de los Volcanes miró huir hacia él a una mujer que masticaba truenos, para fundir con ellos el idioma de la raza y la leyenda..."

NOTA EDITORIAL

"Cuentos de Sima y Cima" de Cristóbal Humberto Ibarra, es una valiosa muestra de la literatura regionalista, que fue una de las primeras formas de expresión del realismo social en América Latina y que produjo obras de la magnitud de "El Papa Verde", de Miguel Angel Asturias; "La Vorágine", de José Eustasio Rivera, y muchas más.

En "Cuentos de Sima y Cima" hay un intento de reflejar fielmente la casi siempre dramática realidad del indígena guatemalteco. Sus historias expresan la miseria y el dolor de estas gentes: "La pena de la raza se hacía más visible en aquellas caras angustiadas".

Concretamente, "La Virgen Leprosa", narra las penurias de quienes trabajan en las plantaciones del chicle en El Petén. Se describe también el fabuloso y

apasionante mundo mitológico del indígena con sus creencias, ritos y leyendas, que precisamente configuran su modo peculiar de ver las cosas.

Cristóbal Humberto Ibarra es un consumado maestro en el dominio del lenguaje y posee un estilo rico en imágenes y tropos literarios, con el cual logra plasmar bellamente ese mundo mito-mágico del indígena. La plasticidad de sus imágenes hacen que el lector perciba y visualice el "verde abovedado de la selva", la "hiel de los pinos" y ese "sudor de la hojarasca" del paisaje guatemalteco.

Cristóbal Humberto Ibarra nació en Zacatecoluca el 9 de mayo de 1920 y pertenece a la promoción literaria del 40, conocida como GRUPO SEIS. En 1944 se traslada a Guatemala, en donde ejerce el periodismo y tiene la oportunidad de empaparse del paisaje y vida del campo de ese país, que tan acertadamente expresa en sus "Cuentos de Sima y Cima".

PROLOGO

La vida en los países en que las culturas indígenas tuvieron su mayor esplendor, antes de la conquista, y donde superviven sus manifestaciones, es inseparable de ese mundo misterioso en que seres y cosas parecen obedecer a un ordenamiento oculto, aún no descifrado. "Cuentos de Sima y Cima", del joven escritor Cristóbal Humberto Ibarra, no se sustraen a ese influjo, a la acción de lo maravilloso, de lo que corta la rutina, del milagro que hace que las cosas vuelvan a situarse en el comenzar del mundo. Los personajes de estos relatos son parte de la vida y el paisaje americano, de lo terráqueo, de lo telúrico, de lo celeste de la América Central. No podrían existir en una ciudad de cemento, en un mundo de acero, en una urbe de materiales domados por el hom-

bre. Sólo son posibles en ese mundo de la hoja, la flor, la semilla, el fruto, el caimán, el brujo, el reptil y la soledad que separa a los seres en las inmensas extensiones deshabitadas del continente.

Entre vahos perfumados de neblinas verdes, claridades nacidas de las aguas que en los lagos piensan y en los ríos actúan y el sahumerio de las resinas preciosas, quemadas ante los montes, para atraer lo sobrenatural, para hacer perdurar lo sobrenatural, discurren esos cuentos. La gravitación de las escenas, sobrepuestas con pesos dramáticos diversos, permite al autor mantener el clima de sorpresa en que se vive en Centroamérica, donde no existe la rutina de las cosas que hace bostezar a los hombres de otras latitudes. Y ésta es, a mi juicio, la calidad literaria de la obra, el interpretar, como lo hacían los intérpretes aborígenes, aquello que está oculto, el latente material de la vida que el verdadero artista americano presiente, intuye, y muchas veces consigue aprisionar. Cristóbal Humberto Ibarra, al iniciar su carrera literaria, con "Cuentos de Sima y Cima", descubre lo que en él está esperando formas de expresión, capacidad creadora que encuentra el afortunado lenguaje del escritor que mide la frase con la vara de la gracia. En las páginas de este libro hay cuentos de envidiable belleza, frescor y galanura. El hecho se insinúa. La emoción se contiene. El paisaje lo envuelve todo. Armonía. Contraste. Colorido brillante y perfil hondo.

"Cuentos de Sima y Cima" caen dentro de la gran corriente de la literatura americana actual, nutrida, en los diversos países del Continente, por poetas y prosistas que se esfuerzan por algo más que cultivar escuelas, que son enemigos del encasillamiento, pretendiendo con sus obras establecer una literatura que englobe, no sólo lo heredado de Europa, sino lo que nos es propio, lo que nos da razón de ser. La gran literatura americana, está naciendo ya con ese sentido americano. Eso es lo importante. Después de los hermosos textos escritos por los rapsodas indígenas, los escritores y artistas vuelven a tomar el hilo de las conversaciones con los dioses y exploran en sus dominios, como lo hace inicialmente Cristóbal Humberto Ibarra, los materiales para la edificación más ambiciosa, aquella que sea en lo universal síntesis de civilizaciones y culturas.

Miguel Angel Asturias.

Buenos Aires, Marzo, 1952.



EL MARGARITO PATZAN

EL MARGARITO PATZAN

Ni una mosca volaba en el paisaje, porque el viento era grotesco y mucho. Los **arrayanes** (1) se sacudían nerviosos, con desesperación y arriba rudos pelotones de nubes azotaban el costado de los buitres que en lentos círculos iban descendiendo hacia el fondo de la quebrada. Se presentía la muerte debajo de todo aquello. Podía decirse que su filo había silenciado de repente el lloriquear del río y su viscosa muselina opacado de golpe la mejor risa del verano, precisamente cuando mayo se acercaba oliendo a terrón mojado y a barro salpicado de frescura. Sí, nada bueno anunciaría esa ventolera alocada y salvaje, por aquel mes que ya sabía a fronda, a surco fértil, a miel apretada en la semilla.

(1) Para aclarar los regionalismos consultar el VOCABULARIO inserto al final de los cuentos.

Mas así era, en verdad. Frente al altar de su última palabra rota descansaba el cadáver del Margarito Patzán. Estaba casi arrodillado sobre un lecho de hojarasca, pero todavía colgaba. El machete le entraba a la altura del corazón, del lado del ensueño, para brotar rabioso, violento y rígido, por la espalda, bajo la paletilla. Bien se miraba que el suicida lo había asegurado fuertemente con **mecates** dobles, fijándolo al tronco bifurcado de aquel pino enano que lo marearía con la música de su ramazón dolida, para lanzarse luego contra su propia eternidad. La muerte debió llegar súbita y veloz, pero dulce. Porque el Margarito Patzán ya iría atolondrado por la miel de cien cordajes con que el tiempo barrenó su adolescencia. Después, ya muerto, el cuerpo quiso adorar la tierra. El machete había permanecido tenso, implacable y la naturaleza hizo lo demás. Ahora apenas se sostenía por la clavícula medio rota, balanceándose como una ramazón yerta que hubiese fraguado su crepúsculo. La cara se partía en el arma. Estaba como inclinado en oración, mirando obstinadamente al suelo, besando con gratitud el filo que le arrancó las penas. A un lado la guitarra recogía rumores lejanos, delicados y huérfanos. Boca arriba el **sombrero de petate** ritmaba con el oleaje de los arrayanes desgreñados, como implorando su limosna al cielo.

—Loco el Margarito Patzán... ¿Taría enmulado?

—Si ni traida tenía...

—¡Y chulo que cantaba el probe!

La adusta figura de los **patrulleros** observaba. Fue por los buitres que dieron con el muerto. Pasaban de largo, rumbo a la quebrada, cuidando a sus mujeres que **con la hora** bajaban al remanso desatando el acecho de los violadores, aquellos que a manotazo limpio buscan la caricia, forzando a las lavanderas después de tumbarlas, fatigadas y jadeantes, sobre su propio racimo de protestas. Así lo descubrieron. Pero ellos pensaban que algo de aquel día nuboso y bravo tenía que ver con el misterio. Era por demás rara la muerte del Margarito Patzán. De verdad que valía la pena meditarlo. Detalle a detalle se les venía la vida del difunto. Mas ya habría tiempo para eso. Lo primero era el reconocimiento, después asentar la partida de defunción y el acta. Así se ordenó hacer. Pero los viejos **alguaciles** multiplicaron su asombro cuando de golpe se detuvo el viento, la selvatiquez de los arrayanes se colmó de singular ternura y algo como de pájaros extraños se oyó que cantaban más allá del río en el instante en que el cadáver fue levantado.

El día comenzaba en la guitarra. Parecía que allí naciera. Apenas la claridad naciente que rodea al **nixtamalero** caía sobre los rastrojos brillando en los engarces del rocío delicadeante del alba, las cuerdas se echaban al viento rompiendo su jaula melodiosa, espantando aquella pajarera mi-

lagrosa que partía cantando en el primer bostezo. Era entonces que nacía el alboroto. Las manos del guitarrista se pintaban de horizonte recorriendo el camino de los pájaros, sin que nadie sintiera cuando las fronteras del amanecer se abrían al fogón que hablaba por la taza de café hirviente, el chiste y la risotada.

—La vacada tiene algo de pájaros... A veces.

—Así será, también de guitarras.

—El Margarito Patzán llama al trabajo.

—Chulo modo... ¡Si dan ganas!

Surgían los vaqueros comenzando a ensillar despacio, acariciando los **pencos** con su ¡oh! amigable, que los clavaba esperando la **albarda** húmeda y brumosa. Alguien silbaba a lo lejos y luego el instrumento encontraba la ruta del acompañamiento. Cantaba un gallo en la distancia y lueguito la guitarra buscaba redondear la nota con un trémolo que más tarde alcanzaba a llenar de encajes espumosos las vertientes. Podía decirse que la **comunidad** vivía por aquella oración musicada, por aquel fervor tonal que siempre ponía mariposas blancas al cansancio, libélulas de ensueño a la fatiga y hacía mejores las noches y mucho más interesantes las mañanas, porque privado el corazón de penas hasta el trabajo resultaba descanso. Sí, no había la menor duda. Con la **zarabanda** alada del Margarito Patzán un dios milagroso habitaba en cada **tareyero.** Los **comuneros** eran los hombres más felices de la tierra.

Desde **patojo** el Margarito Patzán fue el asombro musical de la aldea. Nadie supo jamás cómo, ni quién le enseñó a caminar despacio y melodiosamente sobre la nube de los cordajes agradecidos. Lo cierto era que un día amaneció cantando inundando de dulces equilibrios la ternura de aquellas gentes simples, que aprendieron a quererlo porque les lavaba las penas, haciéndoles más suave la tarea y menos torturadora la fiereza del sol en los días calcinantes del verano.

De todo sabía la guitarra, porque también de todo conocía el alma del Margarito Patzán. Cantó con la ligereza de los ángeles en la primera edad de su instrumento, cuando, solo, correteaba por los sembradíos destrozando brotones, sin comprender que al matar un grano reventado estaba dando de mamar al hambre que pronto castigaría al poblado valiéndose de las cosechas malas. Lloró cuando sus viejos se empeñaron en vaciar su tiempo rehaciéndose en las olas de la muerte. Pero fugados ellos, él pasó a ser una especie de propiedad común y fue únicamente, entonces, que aprendió a cantar con los pies sobre la tierra, haciendo algo así como un surco con cada melodía y una mazorca robusta con cada nota que le prodigaba la guitarra.

Días esos. La gente los recordaría toda la vida. Acaso las **milpas** se dan mejor cuando hay música en la siembra. ¡Quién sabe! Mas se tenía por verdad que cuando la sonata del Margarito Patzán faltaba a la hora de la faena, la tierra parecía des-

ganada y los **comuneros** imaginaban que se negaba a producir.

Tiempos iban y tiempos venían. Al torrente melódico del indio ya no le faltaba nada, porque olía a monte, a sudor, a grito y a trabajo. Se diría que el cantor y la guitarra eran una misma cosa, pues se amaban con delirio, estaban enamorados uno del otro. Juntos perforaban el cielo de la trilla, opacando el rechinar de la rueda con voces que dormían al boyero y hasta los bueyes mismos parecían llorar por dentro, elevando sus ojos sonámbulos en busca de aquella cosa rara que los tenía girando y girando sin sentir cansancio. Unidos se embozaron en la noche cuando había que velar el grano. ¿Cantaban o lloraban? No se sabía. Y era entonces que las muchachas solteras hinchaban el tórax en el lecho, se revolvían desnudándose, mientras soñaban con el novio y se acariciaban los pezones tibios en el nerviosismo del ensueño. Abrazados caminaban a la feria a negociar la cosecha en el abejero de la plaza, donde aprendían nuevos **sones** que luego cambiaban a su antojo para darles más sabor, para hacerlos entrar con más cariño en el corazón de sus gentes. Y juntos regresaban perfumando el polvo, pero sin espantar los pájaros, hasta llegar al **rancho** donde la canción continuaba en el hervor de la olla, en el café burbujeante, en la **tortilla doblada** que preparaba el sueño y el crecimiento del alba venidera.

Tiempos iban y tiempos venían. Aquello era el

perpetuo idilio entre los hombres y la tierra. Podía decirse que así como las cosechas los arrayanes no se cansaban de florecer, porque cuando las flores no estaban en las ramas, se encontraban más abajo, en el humus, en la raíz, más cerca del beso terrestre...

Pero un día al Margarito Patzán se le quemaron los ojos de horizonte.

—¿Lo supo ya, compa?

—No hace tantito... Me lo contó el Nemesio.

—¿Tará loco el patojo?

—Así será... ¡Pero se juye!

La pena de la raza se hacía más visible en aquellas caras angustiadas. El Margarito Patzán se marchaba. ¿Por qué? No lo sabía ninguno. Acaso tal vez la guitarra que una noche antes dejó de cantar. Los tareyeros hurgaban afanosos toda huella, registraban toda vida, todo respiro que gemía en los ranchos sin dar con el secreto, sin comprender nada. Mas lo grave era que la risa del valle estaba por abandonar su cuna y un potro enfermo pedía que le dieran rienda suelta, que le abrieran la **palanquera** para morir siquiera retozando con su costillaje dolido junto a los breñales, en lo más profundo del monte.

Nadie habló, ni lagrimeó tampoco nadie. Callados le miraron salir del pueblo con su caja encordelada a cuestas, morral terciado, machete al cinto, esfumando en lo lejano su figura blanca, adelantando el balancear ritmado de sus **caites** que ya iban cambiando de polvo, dejando atrás lo co-

tidiano, lo familiar, lo doméstico, para buscar lo incierto en su emoción profunda de aventuras.

Pero lo que los comuneros no supieron, fue que el Margarito Patzán creyó que el valle ya no necesitaba de su música, porque allí todo era abundancia, felicidad, holgura. Los **milpares** ya no crecían con su instrumento, porque la guitarra la construían ellos, haciendo carcajear al viento con el filo de sus lanzas que enviaban a Dios el mensaje de la semilla, el olor de la raíz, el suspiro subterráneo donde nace el tiempo. Así estaba la cosa. El Margarito Patzán lo meditaba: "Sobran mis **tonadas,** ya no me necesitan..."

Por eso decidió fugarse. Buscaba embalsamar otras auroras, poner su guitarra al servicio de otros hombres desgraciados de la tierra.

Aquellos seres tenían el cabello blanco y la mirada gris. Había que tocarlos, porque no miraban. Eran ciegos y hablaban a rumores lo mismo que las hojas, con sonidos también como los pájaros. El poblado emergía de la selva como un espumarajo pálido hecho de luz de luna. Era un playón desnudo, llano y desolado. Para cementerio sólo faltaban las cruces, porque los muertos eran ellos, los seres que tenían el cabello blanco y la mirada gris. De tan dulce pesaba aquel clima que atontaba de hacer burbujear tanta garganta y se llamaba tanto el reclamo de las brisas que algunos parecían dormidos al andar.

Noche tras noche el Margarito Patzán los

había observado oculto tras una curva de bejucos con que le protegía el monte, a la vera de un río que besaba los pies del firmamento. Sobre sus aguas los hombres claros bogaban siempre contra la corriente, como empeñados en contrariarlo todo, sin hablar, sin moverse, pareciendo que sus raros bongos llevaran un motor callado, o fueran impulsados por una mano que había muerto hacía tiempo. Salían siempre con el zenit lunado. ¿Hacia dónde? ¡Quién lo iba a saber! Pero con el primer crepúsculo tornaban haciendo extraños gestos, elevando lo simple de sus ojos hacia la altura siempre, nunca hacia abajo, mientras el viento iba robando aquellas variaciones embrujadas que ponían la selva a la orden del misterio. Los que modulaban como el **zenzontle** debían ser los buenos —pensó el Margarito Patzán—. Los malos serían los que cortaban el aire con su áspero chillar de **urraca**... ¿Y los otros? No podían ser más que entes incoloros, los seres intermedios, neutros, como los hombres que no huelen a nada, ni saben a nada.

El guitarrista adivinaba una canción que le iba entrando sin quererlo. Creyó que este era su mejor momento. Su empeño estaba en abordarlos, en aconsejarlos con música de compasión y a través de su cordaje expresarles el porqué de su viaje en busca de gentes a quienes ofrecerles su más fuerte tonalidad emocional. Tenía que explicarles que más allá de la montaña, en el valle que sus suelas estaban olvidando, había unos hombres que

miraban de otro modo, que soñaban de distinta manera, porque su vida no discurría sólo bajo la luz lunada, ni su mensaje era igual al de los pájaros que cantan por cantar únicamente. Allá pulían su intención en lo profundo, había trabajo, vida en una palabra... ¡Y esto era lo que aquí faltaba!

Los gorjeos continuaban aplacando el trepidar de la montaña, envenenando el río, llenándolo de letargo. Era tan prodigiosa la modulación de los buenos, que el alma alocada pugnaba por liberarse, dejando de una vez el cuerpo, como si se muriera. El Margarito Patzán se circundó en temores. ¡Ya no era él quien dominaba! Por el contrario. Aquellos seres de cabello blanco y de mirada gris lo estaban arrastrando. Se sintió menos terrestre y no pudo explicar aquel concierto que le sembraba de alas el ensueño, que le redondeaba un vuelo inesperado en la ilusión. De verdad que la nueva canción mareaba y la luna iba braceando río arriba con su góndola doble que enhebraba en borrachera tibia el corazón. Su guitarra le confiaba: "¿Vamos? ¿Vamos?". El no halló qué responder...

¡Y fueron!

Estos no eran días, más bien parecían noches eternizadas, enmugrecidas por el sufrimiento. Y es que lo negro no estaba en lo que rodeaba los ranchos y los potreros caldeados, sino en el espíritu de los hombres que se veían derrotados en la esperanza. ¿Qué podía importarles ya el amanecer? ¿De qué les servía el anuncio empurpurado de los levantes, si no había tareas para emplear el tiempo, ni estímulos para aferrarse tercamente a la existencia? Era inútil, daba lo mismo todo. Concluían las noches cargadas de estrellas quemantes, mortecinas y supliciosas, dejando paso a las auroras emponzoñadas que vomitaban su sed detrás de la llanura reverberante, inhóspita y salvaje. Hora tras hora se abrían nuevas tumbas. Centenares de esqueletos señalaban en mitad del campo el rastro consumido de los bueyes que para siempre renegaron del arado. Agonizaba el valle, la comunidad moría.

—¡Si lloviera tal vez!

—Ansina juera, compa...

—Bruto el Margarito... ¡Dios que lo trajiera!

Mas el fracaso seguía atrasando el pecho de los tareyeros que en vano buscaban el lugar de un corazón que no latía, que se estaba olvidando de dar vida, porque no la miraba florecer. Los comuneros afirmaron que era la seriedad de sus sombras la que incendiaba las horas carbonizando el ansia, quemando el presente, estrangulando el pulso de los días futuros...

Pero los jornales seguían iguales... ¡O peores!

Estaba como odiándose a sí mismo. Tenía arrinconada el alma y alto, muy alto, su aborrecido nivel de asco. Acurrucado sobre una verruga volcánica que dominaba al valle, el Margarito Patzán

quería en vano recordar el ritmo de sus sones antiguos, sus musicales rotos, sus viejas melodías olvidadas en lo desbaratado de su huida, hacia aquella ciudad de viento y leche fermentada en plenilunios vacuos.

¿Qué le dejó volver si su propia necedad le equivocó el destino? Hoy era verdad que no servía. Sus tonadas no eran cantos de trabajo y sus gentes, las de ayer, las de siempre, lo sabían, pero lo callaban con lástima. La desgracia estaba allá abajo, en la llanura honda, en la vida que se desteñía bajo el **sinremedio** de su reloj angustioso, en lo que se iba sin retorno posible, pero la desesperación era otra y señoreaba en la cumbre. La sentía por encima, en medio y por debajo de todo. Acaso era una burla más en la ansiedad del clima, tal vez una geografía nueva que se estaba construyendo a la vista de un cielo despojado y hosco que no lloraba más para la tierra. Su propia culpa se le echaba encima mortificándolo. Era como una flecha lanzada hacia las nubes, que ahora gravitaba amenazante y ruda, preñada de alientos mortales, señalando con su dedo acusador y terco la campanilla gris del corazón, quizá el instante ruinoso de su propia muerte.

Comenzó a bajar entre el augurio de los pájaros y el silbo fatigado de los pinos distantes. Descendió más para enterarse de que los arrayanes, los de su pretérito fructuoso y transparente, tenían suturada la garganta. Paso a paso los ladeó inundado en su vergüenza. Los oyó gemir y él también

sintió que se quería destrenzar en llanto... Pero se contuvo. Y así, arrebujado en su **chamarra** silenciosa, idiotizado y mudo, desanduvo la calzada principal del pueblo derramando su noche, balanceando su caja encordelada que exprimía el martirio de sus tonos oscuros.

Siguió bajando, bajando y contando los latidos segundo a segundo. Creyó que sus arterias le conducían al abismo. Era camino fácil el de la quebrada. Estaba cerca y el cielo comenzaba a abrirse en plácidos cambiantes adornándole de luces la vereda. Surgió la estrella de la tarde y otros puntos más fueron brotando temerosos, para fijar su piel grumosa y triste en el tibio marasmo de los crepusculares. Anochecía. Pero al Margarito Patzán le pareció que un soplo mañanero le estaba abanicando el alma que pronto se vería liberada. Es duro abandonar la tierra y peor es olvidarla. ¿Qué egoísmo vano le mandó buscar alas a trueque de su propia terrenidad? ¿Quién le ordenó alzar el vuelo? ¿De dónde partió la voz que lo distrajo en la oración del barro? ¿Hacia qué rumbo huir tras el retorno, si para volver a él, para hallarse nuevamente a sí mismo tenía que pudrirse, amalgamarse al polvo, derretirse en sus túneles de siglos, tejerse en un nuevo destino, revivir, cobrar valor distinto, retoñar hecho milagro por la tierra?

Los ojos escogieron el lugar y las manos iniciaron el trabajo. Rara tarea para los dedos que en su vida sólo supieron de ritmos. Se acercaban temerosos, tocándose apenas. Luego entrelazaban

sus falanges, prensaban sus yemas, crujían hasta volverse pálidos, sin sangre casi, para retirarse después estirando los **mecates** dobles, fijando la cabeza del machete al tronco bifurcado de un pino enano que tarareaba su canción deforme, metiendo ruido al agua que afelpaba el **glu glu** de la quebrada.

Sin amor y sin odio se despidió de la guitarra. La había amado tanto, pero hoy no la quería. Allí quedaba sobre las hojas muertas para otras manos de sudor que la pulsaran, para otra boca de tierra que le hablara. Se retiró bastante, lo bastante para cobrar impulso. Su mirada se hizo tiempo en el instante y se metió en los callejones de su vida toda. Estaba retroviviendo su niñez, su juventud, su tiempo fuerte colmado de la dicha mayor a que puede aspirar el hombre, su fuga inesperada y sin sentido... ¡Y la voz soporosa de aquellos hombres claros que tenían el cabello blanco y la mirada gris! Otra vez la luna braceaba aguas arriba y los pájaros comenzaban a cantar...

El Margarito Patzán no pudo más y se enfrentó a la muerte.

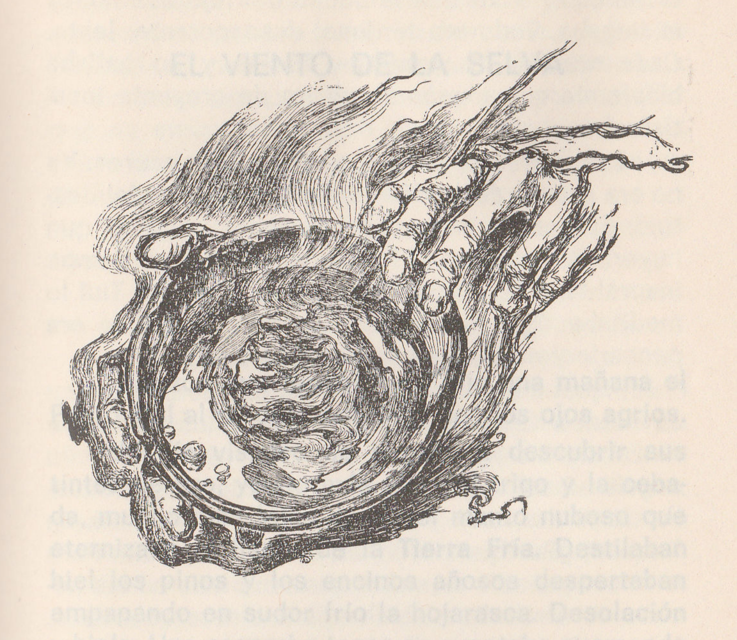
—¡Y chulo que cantaba el probe!

La dulzura de los arrayanes avanzó refrescando el dolor de los sembradores que con los ojos entornados aspiraban el olor de la primer tormenta... Allí había una guitarra abandonada. La vida tenía el compromiso de arrancar a la tierra su nuevo pulsador. Los arrayanes seguían anunciando el

agua y los pájaros extraños también la presentían en su distancia brumosa y triste...

—¿Dará Dios güena cosecha este año?

—Dios es la vida, compa... ¡Dios es la vida!



EL VIENTO DE LA SELVA

EL VIENTO DE LA SELVA

¡Salazón que tengo! —se dijo una mañana el Pedro Tiul al recoger la bruma con los ojos agrios.

Un día viscoso se negaba a descubrir sus tintes de oro, yendo más allá del trigo y la cebada, mucho más lejos de aquel manto nuboso que eternizaba el llanto de la **Tierra Fría.** Destilaban hiel los pinos y los encinos añosos despertaban empapando en sudor frío la hojarasca. Desolación y hielo. Una escarcha tenaz se aventaba quemando el verde esperanzado de los campos.

—Cosecha mala. Trabajo perdido. . . ¡Salazón la mía!

El Pedro Tiul giraba entre conformidad y rabia. Como sobre una cuerda floja iba trajinando el desandar de su infortunio. Diez años de casado no le bastaban para sentirse padre. Sudaba a dia-

rio para caer vencido en la ilusión del trigo que año con año se perdía. Desvelaba sus noches, dibujando formas, desbordando torrenteras turbias y martirizando el sexo tras la huella del hijo que nunca le llegaba. Todo era tardoso, desesperante, lento. Cada oración le resultaba escasa y no hallaba blasfemia que expresara su ira de creyente insatisfecho.

Los meses de este año habían sido peores. Ya no era asunto de confiar en nuevos dioses del destino. El tiempo se escapaba como un galgo que huyera de espaldas al futuro. Era el mismo tiempo inaprehensible, escurridizo, breve. El Pedro Tiul lo meditaba: "¿Y qué será mañana?". Mas sólo era pensarlo y su idea se enterraba en el pasado.

Aquel era un desvarío inútil que no entraba en su cabeza. La verdad estaba en que las fechas se cruzaban, se agotaban las fuerzas y el ensueño seguía ambulando como un niño tísico sobre aquella tierra desolada y yerma. Su matrimonio era un fracaso. ¿Por qué? El Pedro Tiul no lo sabía. Pero sí lo comprendía su mujer que temprano en las noches se arrimaba al lecho para ofrecerse entera, invocando a la carne la virtud de florecer... ¡Pero nada!

El Pedro Tiul trenzaba sus cavilaciones. Diez años de rabiosas posesiones le habían llenado el alma de asco. ¡Era su mujer la desgraciada, la estéril! No podía ser él que tenía el poder de bordarle primaveras a la tierra, de acosar al viento con pálpitos de música retenida en la fiesta de los en-

cinares y atrapar las tonadas que el invierno dejaba tintineando en los aleros. Y pensó: "Mejor es cosa de buscar otra mujer...". Se le ocurrió que a su muerte nadie velaría por renovar la pujanza de sus **aradas**, ya que hasta su hermano, el Benito Tiul, había jurado no tornar después de meterse en la montaña pretextando el aburrimiento familiar que no emociona y hace llegar más pronto a la vejez. "Es cosa de buscar otra mujer..." —se repitió ahondando en sus meditaciones...

Pero un reparo en su determinación le ordenó consultar al Brujo Apuy.

—No tener fe es lo que mata, mijo...

—Así será, tata, pero me hago viejo.

Aquellos huesos con palabra que aconsejaban encorvados en la superstición, se amontonaban en el fondo de la duda misma, como vacilando. Salía la voz debajo de una mata de cabellos lustrosos, greñudos y luego se apropiaba de todo cuanto era presencia a la sombra esqueletosa del Brujo Apuy. Temblaban las brasas y arriba parecía que también el presagio consultaba a las estrellas. Mientras tanto los dos perfiles se fundían en la hondura del secreto, llegando a la confidencia y más tarde a la revelación.

Al principio el Pedro Tiul se **embrecó** en la soberbia de no decirlo todo. Quiso guardarse algo y fue explicando su historial a medias. Tal vez sólo para mirar si era menos el precio íntimo, menor la pena y escaso el sacrificio de su profunda con-

fesión. Mas pronto se dio cuenta de que aquel **cacaxte** roñoso desconfiaba y le pareció que, a pesar de su intento, se estaba denunciando. Quizás el mismo diablo le colmó de hechizo el corazón, porque comenzó a despabilarse sin sentirlo y fue, entonces, que dudas, deseos, temores y pasiones fueron cambiando de dueño hasta quedar como vagas preguntas latiendo frente al pecho casi muerto del Brujo Apuy.

Una llamita ruinosa, cobarde y menuda, se acusó en medio de los carbones soñolientos. Su color rodeaba y rodeaba las cosas hasta llegar al pergamino odioso del viejo que rezaba con los ojos extraviados. Parecía un tambor de cera relleno de avispas que zumbaban despacio, como llamando con más fervor a los demonios, con mayor credulidad al coro de almas que andan flotando sobre el desamparo de las noches. El Brujo Apuy llamaba, llamaba. Algo como de neblina avanzó para caer irritando los ojos del Pedro Tiul que los sintió llorar. Eso era lo que se necesitaba, que el hombre llorara. Porque no es hombre el que no supo jamás de una lágrima amarga. El hechicero lo sabía y quería probar el temple del indio que demostraba su hombría en el llorar. Ya casi estaba, porque la llama había crecido hasta convertirse en antorcha que relampagueó obstinada sobre la imagen del adivino que se iba despertando.

De repente el consejo brotó cargado de promesas, hinchado de alientos futurosos y pronósticos felices. Todo era cuestión de meses, lo

suficiente para esperar la más alta lunación de enero, cuando el Viento de la Selva pasa rastreando las greñas de los rancheríos, encrespando pastizales en su viaje anual lleno de bramas, de posesiones que hacen parir hasta a las vírgenes del tiempo.

Para esa época su mujer estaría embarazada y el hijo casi asomando al portal del mundo, pero sin mirarlo. Dolores y dolores acosarían a la parturienta que pronto se anegaría de sombra si el marido no volaba a la montaña. Tenía que encontrar al diablo mismo que se enreda en el Viento de la Selva, a la hora en que el queso lunado se divide en dos en la mitad del cielo y la tierra semeja un pezón hinchado que derrama la leche de su parto más vasto. Era de allá que el Pedro Tiul debería regresar con la cabeza del Viento de la Selva a rastras, sorprendida acaso, volteada a punta de machete en el instante en que preparara su retorno al valle, a continuar su burla de mujeres crédulas y su empeño de hacer parir a las que no podían. . .

Lo demás lo harían la oración y el bebedizo.

El Brujo Apuy había aconsejado. Estaba, pues, en manos del Pedro Tiul adentrarse decidido en la esperanza y someterse al coraje de lo que venía. No más era de esperar la luna de enero. La señal se dibujaría en la pena de los ranchos que para entonces tienen el pelo ligoso de aguantar sereno y hasta parece que llenos de envidia quieren hundirse en el amor de las brasas que alimentan el ensueño de los hombres.

—Ta bien, tata... ¡Si no hay rimedio!

—Valor es el que se pide, mijo.

El queso lunado cuajaba a medio cielo. Aquello era un solo bramar pegado al frío que se arrastraba monte adentro. Se acercaba la hora del secreto y del llano soplaba algo así como un galope alado que atizaba de pavor los ranchos... Pero el Brujo Apuy no había terminado el bebedizo.

—¿Falta plebe, tata?

Ya mero lo reparto, mijo...

—¡La mujer no aguanta y el chirís se me hoga!

—¡Pacencia...! Sólo queda la ruda pa dar punto.

Doce viejas inyectaban sombra a doce cuerpos de hombre. Los ranchos oteaban en la noche buscando con su cara ligosa el llanto de la luna. Una cosa silbante y fea repercutía desde más allá de la montaña, pareciendo que todo participaba de la náusea que estremecía el vientre de la parturienta. Algo se escuchó de pronto, al otro lado de los patios verdosos y un rudo **tam-tam** denunció el paso **tunante** del Viento de la Selva.

El Brujo Apuy comenzó su recorrido milagroso. Sobre cada boca que se le ofrecía metía una porción del brebaje y luego ordenaba escupir en cruz hacia la luna. Así se llamaba al Viento de la Selva. Primero no había que atraerlo a gritos, porque era desconfiado. Desde el toque ponentino cruzó por la llanura. Para acudir al enamoramiento de la montaña tenía que pasar encimando la curva triste de los rancheríos y era, entonces, cuando

había que llamarlo con música de oraciones pronunciadas a suspiros. El Brujo Apuy lo había anticipado. De lo contrario la mujer del Pedro Tiul moriría sin llegar al parto y el hijo también la seguiría luctuoso y mudo, mordiendo el junco negro de la maternidad frustrada.

Gimió el instrumento que siguió al tam-tam. Sólo las cuerdas graves sonaban con una especie de ronroneo que hacía espuma en la cabeza invitando al sueño. Ahora el bebedizo empezaba a hacer su efecto y las siluetas se agitaron en un calambre que sabía a ramazón dolida, a tierra despertada, a sexualidad de pronto recordada. El cantador pidió más de beber. El Brujo Apuy le atragantó el gargüero con dos o tres buchadas más. Una baba amarilla comenzó a rodear su barba y él ladeó el espumarajo que recorrió el camino de la guitarra que hablaba por sus cuerdas roncas... Cantaba, pero más parecía que lloraba:

Del yano cruzó pal monte
el dulce viento, el dulce viento.
Mujeres que no dan hijos
las preña el viento, las preña el viento...

Tronaba el tam-tam sobándose a las cuerdas y el coro embozado echaba a rodar su son de aguda fiebre con ardor que tenía su raíz en el hechizo:

Las preña el viento, las preña el viento...

Ahora el Brujo Apuy era una cruz de hiedra. Señalaba rumbos, contorsionaba el filo de sus cañas desnudas, se timbaleaba el tórax haciendo

eco al rumor que la montería le enviaba envuelto en el aviso de los pájaros nocturnos y agoreros. La voz se resbalaba aguda para cortar la noche:

—¡Yajaaaaaaaaaa!

—¡Yajooooooooo!

—¡El Viento de la Selvaaaaa, ya llegooooo!

Las viejas se arrimaron, entonces, al asco de los hombres. Pedían furia y golpes de saliva en sus sexos marchitos a cambio de acallar un grito, de aliviar un dolor, de tornar a la vida a aquella parturienta, haciéndola madre, devolviéndole un hijo que el vientre le negaba:

Mujeres que no dan hijos
las preña el viento, las preña el viento...

El coro seguía arañando la luna, atravesando el clima enfermo, enredando quejas y oraciones para que el Viento de la Selva doblegara su orgullo, tirando por la boca aquel estorbo humano que era un solo cólico, un gajo de amarguras debajo del cuero requinto y madurado de la mujer del Pedro Tiul.

La máscara palúdica del Brujo Apuy emitió sus últimos pujidos. El hechicero levantó una vez más sus brazos a la luna y desbordó su borrachera de asco sobre los patios anegados de leche rezumante en coágulos de sereno...

El Pedro Tiul no esperó más, rayó en cruz el horizonte viscoso con el más fiero relumbrón de su arma, revolcó su mirada ansiosa hasta más allá del rancho y se lanzó como un rayo hacia lo más hondo del monte.

Corría y jadeaba hasta sacar la lengua. Aquella vereda le parecía larga, **lejosa,** interminable y en su impaciencia eruptaba insultos contra las ramas desmayadas que le obstruían el paso. El machete reguileteaba tronchando tallos y bejucos y hasta llegó a creer que otra fuerza que no era la suya le estaba rigiendo el brazo que cada vez golpeaba con más fuerza.

—¡Abrí paso, encino hijuepuerca! ¡Y vos dejá camino, espinuemierda!

Ahora su chirís estaría saliendo ligoso y morado, porque sospechó que el Viento de la Selva se le quería huir y lo apretó más recio. La cabeza cercenada daba tumbos rebotando contra los troncos montaraces y —lo mismo que había vaticinado el Brujo Apuy—, exhalaba tenues, ligeros quejidos que morían tras las hojas asustadas para llevar la vida a su hijo.

Por fin la sombra del rancho se le hizo presencia. El queso lunado seguía a trote largo destilando fríos y apenas una brisa lenta **achispaba** el fuego agónico, al calor del cual estaría su mujer limpiando de ligas al recién parido. Un llanto agudo lo recibió en la puerta. La mujer tendida lo esperaba llena de sombra angustiosa, como doblada en cuatro sobre un colchón de **pino verde.** El color de la lumbre dio de golpe en la cara aceitosa del Pedro Tiul y su fatiga se encontró con un rollito carnoso que se debatía en suspiros, en gritillos entrecortados, torpes, que luego alcanzaban las rendijas y se perdían rodando en la montaña...

—¡Ya lo tengo! ¡Lo agarré cuando venía a verte! ¡Traiba a mijo entre la boca! ¡Eso los faltaba...! ¿Sabés? ¡Que el Viento de la Selva los ayudara...! ¡Míralo! ¡Míralo!

Rodó la cabeza inundando el rancho con su mueca triste. El fogón muriente la bañó de luz y reveló el secreto.

—¡Ay Dios! ¡Si es el Benito...! ¡Mi hermano era el Viento de la Selva!

Sangró los labios y apretó el machete. Luego se volvió ya roto en ira contra la forma de su mujer que mojada en sudores verdes no tenía ni valor para el quejido:

—Me las vas a pagar... ¡hijelagran...!

El **corvo** culebreó en la altura. De pronto pareció que las brasas volvían a avivarse y la ranita con alma buscó el alma del indio. Se detuvo el **filazo** a medio impulso y el arma cayó batiendo sobre las **crenchas** pegajosas del Viento de la Selva que también lloraba sangre junto al fuego. El Pedro Tiul se armó en cariño. Un beso paternal lo halló dulcificado en la penumbra. Apretó sus costras contra aquella alcancía de ensueño y volvió a recordar su antiguo dolor de penitente, de rogador sufrido, de miserable cristiano insatisfecho.

En el fondo mugroso la mujer se debatía en miedos. Hipaba. El la calmó vacilando en ternuras que jamás se le habían atravesado:

—No te perdono... ¡Perdoname vos a mí...! ¡Era yo el infeliz!

El crío le vestía de seda los dedos coagulados. El Pedro Tiul deliraba hecho sonrisa, pero adentro había un llanto maniatado y dócil:

—Tarde allegaste, tarde. Te trajo el Viento de la Selva... ¡Por fin!

La parturienta cortó de un tajo sus quejidos. Pudo hablar:

—¡Se llamará como él...! ¡Benito...! ¡Benito Tiul!

Era la vida que comenzaba a arder. El queso lunado continuaba su carrera ciega a cuestas con un nuevo dolor, perseguido por el Viento de la Selva. Los encinos rufianes callaban... monte adentro, monte adentro.



EL DUENDE

Cuentos de Sima y Cima

EL DUENDE

La luz-humo del **ocote** inundó en tibieza y claridad la seriedad del rancho. Una sombra menuda, delgadita y frágil se revolcaba en lloros al fondo de un tapete de ruda y **yerbasanta.** El anaranjado nuboso de la llama cubría de misteriosa angustia la cara embetunada del Esteban Marcos, el curandero, mientras dos siluetas más arrebujadas de penumbra, petrificadas de silencio y fe, recogían los gestos del hombre que, entre oraciones y conjuros, invocaba los milagros de su ciencia antigua e infalible.

El Esteban Marcos cubrió desde el rostro, hasta más abajo de los senos abultados el cuerpo de la enferma y luego de separar las piernas con primor, inició el recorrido de sus dedos amugrados por la geografía del sexo brillante, aconchado y

liso de la embrujada. Suave, suavemente delicadeó por un instante con el índice derecho, en tanto su mano izquierda hurgaba sobre el vientre hinchado, buscando "asaber qué" tras las carnes de aquella niña que con sólo doce primaveras, ya cargaba con el rigor de una vida que el curandero trataba de desentrañar.

—La patoja ta güena... Nua tenido hombre. ¡Ta como vino al mundo!

—Entonce... ¿Y la barriga?

—Embrujo será... La habrá atajado el Duende.

Los dedos seguían escudriñando en la puerta del pecado, el dolor y la vida. ¡No era posible! El diablo andaría metido en eso, porque casi media hora estuvo tacteando el Esteban Marcos, sin encontrar el más leve rasguño en el himen de la Anita Sac, la poseída, que con sus doce años no sabía de tener marido. El curandero tocaba, tocaba y seguía dudando. Pero el camino de sus dedos y la barrera membranosa que pulsaban sus yemas, se lo estaban afirmando.

—Ta virgen... —se volvió a repetir—. Esta toma le soltará la lengua. Si ha sido el Duende ella mesmita lo va desembuchar.

Levantó el traste y lo mantuvo un rato frente a la oración. Más allá ronronearon las **magníficas,** brotando del antro de unas bocas desdentadas que tenían la estructura del presagio. El Esteban Marcos volteó la resina ardiente, acurrucándose al margen del tendido de ruda y yerbasanta. **Tastasearon** sus dientes y una agria mueca le enarcó las cejas,

cuando de un manotazo desnudó el cuerpo tembloroso de la Anita Sac, que era un gajo de ansiedades en la noche. Tres veces volcó el zumo caliente y tres veces gimió con la oración. El líquido se iba desparramando, serpenteando del ombligo al encaje de las piernas. Tres veces también la fiebre del bebedizo se entró groseramente por la boca entreabierta de la postrada, que después de un largo desmayo comenzó a vidriar los ojos, a nutrir de cosas tontas el vacío y a destorcer el ovillo tornasol de su aventura...

Fue la primera vez que caminó hacia el pueblo sola. Era el noviembre de las lluvias raras, cuando las heladas pasan desgraciando el amarillo atardecido de los campos, viciando los oros de la espiga y matando de una vez el ensueño con deseo de los sembradores. Ese día tornadizo y loco llovía a torrentes y escarchaba a ratos. Sobre la carretera los pies desnudos de la Anita Sac sembraban huellas de ansiedad y prisa, ritmaba su cabeza resistiendo el haz de ocote que vendería en el poblado, balanceaban sus brazos de morena fibra indígena, mientras dos pechos de durazno niño rompían el hilo de su blusa acompasando el son de su trabajo, de su destino incierto y su miseria.

Era largo el sendero y mucho el frío. Si entraba por el atajo se ahorraría hora y media de camino —pensó la Anita Sac—. Comprendió también que desde la cumbre había que bajar y bajar, descender hasta el fondo del abismo para

cruzar la quebrada que ahora estaría hartada de bramidos, indigestada de trozas y **tenamastes** acaudalada con el pago anual de las corrientes que descienden arañando los pliegues arcillosos de la cordillera. Se aventuró, no obstante y comenzó a bajar. Había calmado el agua y por un claro miserable del cielo un sol marchito relampagueó como pesada broma, soltando la mezquindad de sus agujas que fueron a morir en la curva sonámbula de los cipresales cimeros. Silbaba el viento más allá de la sierra, donde la cola del chubasco estaría barriendo otros poblados, anegando otros caminos, redoblando la pena de otras gentes... Bajó y bajó más. Los pulmones le dolían ahogándola a ratos, pareciendo que se negaban a seguirla dejándola morir, pero ella trotaba atenta al latir del corazón que de tan vivo le hacía retozar el pecho izquierdo, detrás de la camisa que goteaba lágrimas de lodo, oliendo a pubertad y a deseo apenas insinuado.

No eran aprensiones suyas. El riachuelo —siempre cobarde hilo bullanguero de los veranos—, hoy era un señorón de cara angulosamente revuelta, achocolatada y fiera, de barba espumosa y turbia, que eruptaba insultos al primer intento de abordarlo. Amenazantes ramazones ondulaban crepitando, rebotando groseramente en las vueltas, cubriendo de bramidos hasta los últimos rincones del barranco.

La Anita Sac pensó volverse. El furor de la corriente la aterraba. Descargó el ocote para des-

cansar, pero la vista del tercio resinoso la volcó al imperio de su más grande sacrificio. Recordó a los suyos y de nuevo revivió el cuadro miserable de sus hermanitos, gateando llenos de hambre y a merced del frío, la abuela reumática e inútil y el padre con su muslo herido quejándose noche y día, esperanzado en el regreso de su hermano Justo que hoy **salineaba** en la costa a caza de centavos. Decidir el regreso era cobarde. De todo carecía el rancho y el alivio estaba en sus manos. Se hacía tarde y el cierzo helado entrecortaba sus resuellos... "El **arresto** es el que vale..." —se dijo— armándose en valor.

¡Y se arriesgó!

La creciente se encallejonaba en el paso más angosto. De lado a lado un horcón de pino seco, tendido a la manera de puente, se rodaba cortando el viento que bramaba en sus costados... La Anita Sac escupió de un golpe sus temores, avanzó por el madero y entre equilibrio y paso cruzó más de la mitad. De pronto un quejido lejano, distante y débil se aletargó en su oído. Sin querer posó la vista en la corriente y el culebrear de las aguas burbujeantes y locas le atolondró la vista. Se sintió desfallecer y aflojó el arco de sus miembros... Reconstruía vagamente lo demás... Algo como un anillo candente le tomó por la cintura y una sensación de plumas le acarició los senos cerrándole un candado blando en las pupilas... Después niebla y nada más que niebla. ¡Qué fácil es morir a medio sueño! ¡Niebla y nada más que niebla...!

Horas más tarde volvió en sí. Acostada sobre un mullido colchón de paja caliente, recibía el pleno de un sol que le tostaba el cuerpo inundándola de gozo, respirando largamente el aire cálido y el vapor de la tierra que enredaba muselinas en las parvas sedosas y en los pinos arremansados y tranquilos. Se distrajo viendo las nubes que galopaban cielo arriba, por el azul abierto, perezosas, desganadas y lentas...

La Anita Sac recordaba que quiso incorporarse, pero su mirada se encontró con los ojos marinamente dulces de un perro negro, negrísimo, parejamente, acarbonado, que la miraba tristemente con más de humano que de perro, como queriéndole brindar una caricia o confesar una profunda pena... ¡Ojos aquellos que todavía los llevaba muy adentro, adentro, como astros taciturnos engastados en la púber corona de sus padeceres, en su maternidad precipitada, prematuramente dulce y dolorosa!

Tornó a buscar sus cosas. No muy lejos de su insospechado lecho estaba el cargamento de ocote despidiendo la humedad en vaporosos velos. De repente, un raro aliento de azahar, canela y albahaca le barrenó los sentidos. Miró al perro negro hundirse entre la niebla, dejándole aquel perfume que embriagaba de locuras la razón...

Después ya rumbo al pueblo llevaba la impresión de haber soñado. La tormenta, el viaje, la torrentera desenfrenada y burbujeante, los ojos preñados de taciturnidad de aquel perro misterioso y el aroma de azahar, canela y albahaca le agitaban de pájaros el pecho... ¡Ah, algo había descubierto que no dijo! Un lamparón de sangre rutilante le manchaba la orilla del **refajo.**

Muchas veces más volvió al poblado por la ruta del atajo y siempre se repitió aquel sueño que había logrado arrebatarle el alma y encadenarle de una vez la voluntad. No bien vadeaba la quebrada el ladrido lejano le anunciaba la visión. Un eco extraño como de **marimba** ausente y a la vez cercana le dormía en los cabellos y nuevamente aquel imposible olor le embalsamaba el tiempo, con su vientecillo insinuante de azahar, canela y albahaca. La acosaba la misma laxitud, un bienestar de menta le surcaba las arterias, perdía la noción de todo y no sabía ya de nada, hasta que despertaba suspirando de cara al infinito, viajado de nubes presurosas que corrían a volcarse en los palmares salvajes de la costa... ¡Y teniendo siempre a su lado al perro negro de mirada extensa! Después sólo sabía que se acercaba al rancho con un pájaro más en la alegría y un brotón nuevo de luz en la esperanza...

—Lo dije pue... ¡El Duende la atajado! ¿Entonce...?

—Lo malo es que el chirís va a nacer mudo... ¡Es hijueperro!

—¿Y agora?

—¡Sólo acabando al Duende se soplará el embrujo!

El Justo Sac sudaba rabia y miedo. Para nadie resultaba fácil meterse con un ser de la otra vida. El Duende era eso y el Justo Sac temía.

—Lo tenés que hacer, mijo. Pero horita te vas con el patrón y le arrancás plata... Hay que pagar la misa del perdón. ¡Andá, lueguito!

El Justo Sac marchó hacia el pueblo. Por el camino cavilaba y cavilaba. ¿Qué extraño poder tendría el Duende para volver del otro lado, zafársele a la muerte y contra el permiso de Dios aparecer aquí en la tierra, preñando de una vez a las muchachas sin hacerles daño? Porque el mismo Esteban Marcos había recontra jurado que su hermana estaba buena, como el Señor la dio al mundo. De verdad que costaba tragarse aquel embrujo... "Pero hay cosas de cosas" —se dijo—. Y apresuró el paso, tratando de llegar a la hora en que el patrón pagara la semana de **aporque** que debía a la peonada.

Llegado al caserío el Justo Sac esperó y esperó. El patrón no estaba. El indio recordó que no lo conocía a causa de su vida andariega por las salinas costeñas y se preguntó cómo sería. Acurrucado en el andén del corredor de la casona, mataba el tiempo dibujando cosas feas, monstruosas y diabólicas. ¿Qué cara iba a tener su sobrino hijo de un chucho? Y si salía mudo, ¿qué vida llevaría junto a los **cosecheros** que noche a noche elevan la canción del grano, enamorando al tiempo con el ruego hecho cantar de sus marimbas...? ¡Esa sí iba a ser vida de perro!

—Ta chivao... ¡Probe Nita!

Un cercano ladrar lo vino a sacar de sus meditaciones. El claro tintinear de unas espuelas le indicó que alguien se acercaba pateando recio por el empedrado del corral vecino. En la penumbra del zaguán se recortó la figura del patrón que lo encaró al instante. El Justo Sac no hallaba qué hacer ni qué decir. Estaba desconcertado, entre nervioso y tímido. Dos ojos color azul intenso y sombríamente tristes lo estaban dominando y por un momento el indio no oyó más que el chasquido de sus dientes y el roce del sombrero de petate contra sus rodillas. Por fin pudo medio hablar:

—¡Días le dé Dios, patrón! Mandado de mi hermana... ¡Ta muy mala! —No dijo más...

La mano enguantada de aquel hombre le entregó el dinero. Era mucho, mucho más de la paga del aporque. El Justo Sac lo contó y recontó una, dos y hasta tres veces... Y lo mismo. De seguro el patrón se había equivocado. Un cristiano remordimiento le ordenó devolver pronto el sobrante, pero la sombra de aquel hombre de ojos hondos se había esfumado en la negrura del zaguán por donde vino. El chocar de las espuelas se apagaba en la distancia y el aullar de un perro lastimaba los caminos de la tarde. El indio retrocedió sin comprender, intrigado por demás y un ejército de hormigas le abrotonó los poros. Se encaminó hacia el portón buscando la salida, quería respirar el aire fresco del campo que comenzaba a oscurecer, pero un delgado olor a azahar, canela y albahaca

le cubrió de cosas tontas la cabeza... Surgió la luna destiñendo el coágulo lejano del primer lucero. La cordillera encresponó su giba y se acostó a soñar con el ardor de sus volcanes...

Por el sendero enfermo el Justo Sac trotaba meditando:

—¡A rematar al Duende! Por el chirís... ¡A rematarlo!

—¡Días le dé el cielo, tata!

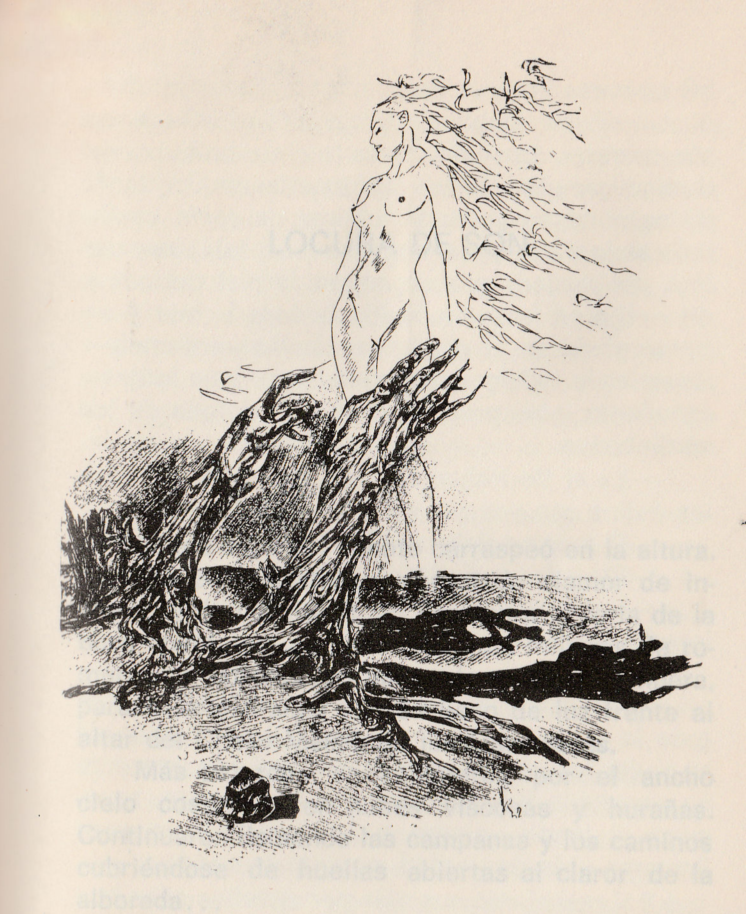
—¡Santos y gracia, mijo!

—La Nita Sac tuvo su güiro. ¡Recoche y ojos de gato que salió el baboso! ¿Y pol pueblo?

—De malas, mijito. Al patrón lo hallaron picado a machetazos en la quebrada del Duende. Fue el Justo Sac... ¡Ya lo agarraron! Confesó el probe, pero puras chuzemadas... Ansina dice, que él le entró a filazos a un chucho de ojos cenizos que lo estaba topando... Pero los jarazos los tiene el patrón que está tendido en la casona. Dios y losotros sabemos que nunca se ha visto por aquí animal como ese... ¡Si le va con el mismo cuento al juez...!

—¡Aseguro lo ajusilan!

En el rancho mugroso una virgen madre daba amorosamente el pecho a su crío, saneado en la fatalidad de un gran milagro. Y en el pueblo cuatro veladoras se gastaban frente a un cotorrear de viejas que rogaban por el alma del patrón... Mas la tierra es la tierra y esa noche se adornaba de luna como siempre...



LOCURA DE SON

LOCURA DE SON

La tos seca del cohete carraspeó en la altura. Badajeó el esquilón su alborotado clamor de incienso y de convite. Todo llamaba a la feria de la boca costa, que año con año traía millares de romeros arrastrando su carga de gratitud campera, para dejarla orando con su beso de luz frente al altar del Cristo Manso de las **humedades.**

Más petardos se rompieron por el ancho cielo costanero en nubes viscosas y hurañas. Continuaron llamando las campanas y los caminos cubriéndose de huellas abiertas al claror de la alborada...

Sólo la marimba había tocado sin descanso desde el alba. Por ella supieron los **milperos** que la hora era llegada. Despertaron la **murria** del rescoldo, saludaron la esfuminosa claridad naciente y echaron a volar su voz de loma en loma. Desde

los **huatales** vecinos respondieron los compadres, que ensillaron cantando y cargaron con **cuerdas** sus carretas. Después hasta la cinta brumosa del camino parecía danzar en hipnotismos, orillando faldas cerreras y dando tumbos de rocío en las laderas, para llegar cuanto antes al tabletear meloso del madero que esponjaba la piel del nuevo día —fijo en la tierra fértil, de cara al mar y entremezclado en el **gluglutear** de las vertientes—, repartiendo indulgencias melodiosas bajo la llama soñolienta que partía del mirar ojeroso de los **marimbistas**...

—Es el tío Nabor con sus mumujos —decían los indios con voz son en las entrañas.

—El mesmo Cristo Manso parece que tocara.

—Sin ellos la feria huele a muerto...

—Huele pue... ¡Y el santo no hace caso a loración!

Amor como el suyo no conoció Nabor por todo lo ancho de la tierra. La vida al costado de su mujer fue siempre buena como el pan, envuelta en agradable frescor como las torrenteras, espumosa y limpia, alegre y luminosa, como para llamarse vida de verdad, no más que vida.

Así resbalaron sus días por aquellos años que jugaron con el tiempo, burlándose de su ansiedad de prisa, porque en ellos el tiempo no contaba bullendo siempre en lo feliz, en la entraña misma de un fruto sazonado en comprensión, en trabajo dulcemente repartido, en amor.

¡Qué instantes aquéllos! No valía la pena llorarlos. Cierta vez oyó Nabor decir al cura de la aldea: "Se llora lo incierto, pero no lo irremediable..." El no comprendió del todo el sentido de la frase, mas le pareció que encerraba algo de consuelo y desde entonces se la vivía repitiendo a solas, cuando por las noches se arrimaba a la meditación bajo la sombra afelpada de su rancho, viejo rufián de lunas tiernas, propiciador de tantas y tantas serenatas memorables, culpable sin delito del pecado que hoy tenía a sus tres hijos horadando los panales de sus sueños en la noche sin fin de sus **petates.**

A ella, en cambio, a su pobrecita muerta, la guardaba allá con sus ojos de viaje hacia la costa, bajo un túmulo de tierra azabachada que nutría las raíces de un **hormigo** púber, que retorcía su hojaldrar de lunas y bebía sediento la canción del mar, soplando a la brisa la adivinanza tibia de las olas, con su tierna marimba natural sólo pulsada por las **baquetas** lujuriosas del viento marinero.

Acaso el árbol lo sabía. Porque fue plantado para seguir tras los jornales de una hembra que todavía amaba, de unos huesos que le metían música doliente, de ojos que le mojaban en lágrimas su base, para dejarlo a él, en su simpleza de árbol, desconcertado y triste entre el polvo rojizo de las tardes, tratando de comprender "el porqué" de los veleros sin destino que huían costa afuera, alborotando los adioses y los pájaros, desmenuzando el grito de los bogas crepusculares y distantes.

Dos lustros se encimaban ya en la muerte aquélla. Nabor que día a día, desde entonces, contrariaba la orden del verano volcando el río de sus cántaros al pie del hormigo protector, pensaba con amargura que las fuerzas le abandonarían pronto. Se sentía tan débil por momentos. Los años de soledad, de esa soledad senil que no tornaba más a resolverse en proyectos como en la edad de sus pujantes primaveras, le venían recordando —cada vez con más insistencia—, su descanso eterno. Y no era por él. Su vida y su memoria le importaban poco. Pero miraba con sumo desconsuelo que sus patojos aún no estaban en edad responsable, como para hacerlos caer en la seguridad de una promesa, mucho menos en lo inviolable de un juramento. Colmado de amargura, Nabor se preguntaba quién desgajaría la lluvia sobre el túmulo aquél, sobre la tierra prieta que arropaba el esqueleto de su muerta, reforzando la raigambre del hormigo que tantas veces se cubrió de plumas, agitando revuelos y canciones que no tenían límite, ni fastidiaban con la monótona repetición de sus motivos... "¿Quién?" —se interrogaba otra vez harto de sombras. No serían sus güiros tan parecidos al juego perennemente loco de las olas, retozones y chúcaros como potrillos cerriles que no saben de freno, o peces estelares que ignoran los martirios del subsuelo.

El viejo Nabor pensaba en esto y repensaba...

Cierto día llevó su meditación hasta los riscos. Sentado sobre un almohadón de hierba seca, el

indio recostó su espalda al tronco de un añoso almendro, cuyas hojas quemadas por el colérico sol costeño, ahora se empapaban en un rubor salado que alternaba con el verde salpicado de la copa frondosa, entre felpas de brisa y de neblina.

Nabor envió sus ojos hacia el mar y no miraba. ¿Dormía, acaso, sin cerrarlos, o ensoñaba? A sus oídos llegó un raro rumor de ecos lejanos. Los pescadores cantaban en el puerto. Estaban tan lejos que apenas si se entendía la letra del cantar, pero la melodía le alcanzaba a él pura y limpia, transparente y sus sentidos la recogían con deleite, con respiros hondos que germinaban en la entraña de su involuntaria indiferencia. Cantaban los hombres del mar. Un tremolar de marimbas entraba a orquestarse en el son de las olas que rompían su vida de segundos contra la roca misma que sustentaba la estela hierática del indio... En el ir y venir de las aguas Nabor veía retratado el tiempo. Una ola moría porque otra tenía que nacer. Era el mismo ritmo de la vida que ahora se acercaba al viejo cargado con música de mar. Un ovillo cantable le acosquillaba lo más profundo del ensueño y un "no sé qué" de nieblas le plantaba en el dintel de un gran deber. ¡Aquello era la vida, pero también la música! La imagen de ese juego estaba alboreando en su haber pleno de peces tontos, sentidos y borrachos, que le insinuaban una verdad que ni sus largas experiencias le habían revelado. Esa era la verdad buscada, la verdadera verdad que tenía que mezclar en la sencilla

adolescencia de sus hijos. Así aprenderían a jugar ensoñando y a cumplir. A la fuerza si era preciso... O tal vez mejor con ritmos, como le había llegado a él enrollada en melodías con ausencias, en llanto musical de pescadores, o de mujeres ojerosas de los puertos. Quizá con trémolos nocturnos de marimba... ¡Eso era, de marimba! ¡Sí, sí! ¡Eso era! ¡La fabricaría él! Serían sus propias manos las que buscando el secreto de su amor constante labrarían el madero, pulirían el instrumento, modelarían el teclado sobre el que sus mumujos se tendrían que inclinar llenos de son... Y allí estaba el árbol, el hormigo suyo y de ella como llamando su hacha... ¡Llenos de son! ¿Eran pájaros o los muelleros los que así cantaban? Caía la tarde y la canción lejana se disolvía como una espuma más en la ensenada...

—¡Plenos de son, plenos de son!

Unos cuantos golpes de hacha y el árbol se desplomó sin pena, como si ya esperara. Había musicado tanto para las aves ribereñas, que hoy le pareció llegado el momento de cantar para el primer lucero del crepúsculo. Se ocultaba el sol y un ligero matiz sangriento venía de las cumbres a morir junto al mar que esponjado en tristeza rugía bajo la curva agónica del día. Las olas devolvían los gemidos, esta vez cambiados en trovas marineras. Era ahí donde comenzaba a brotar el son ribeteado de estrellas hondas y peces angustiados, desangrados como el hormigo sacrificado y el día

que se iba. El son, el mismo que los hombres no habían descubierto, porque les faltaba que en la embriaguez de su vida zonza vinieran a dorar el bostezo de las olas, a beberse las tardes dañadas de carmín crepuscular...

¡El mar, el mar! El viejo seguía meditando y con gran delicadeza, con la mayor finura fue despojando el árbol de sus ramas niñas. Cada golpe del brazo tras el fierro, cada pujido de Nabor era una nueva nota para el son que estaba amaneciendo en aquella orgía de rumores que encerraban tanta pena, afiebrada por el yodo de las lágrimas mareñas.

En ese trabajo le sorprendió el tumulto de horas. Clara luna de paño quiso jugar a potros con los grumos nubosos del poniente y barrió de una vez el tímido **pom** de las estrellas, iluminando la tarea del indio que sudaba a chorros sobre su propia terquedad.

Y vino la fiebre. Las manos de Nabor, ampolladas primero, se convirtieron pronto en una extensa llaga que dejaba jirones de **pellejo** y sangre coagulada sobre el mango del hacha que seguía el empeño del anciano, cayendo vez tras vez sobre el lomo del hormigo que poco a poco iba quedando desnudo.

Se ocultó la luna y asomaron su cara los astros de la medianoche. El indio continuaba con igual impulso, aferrado a la misma temperatura que lo consumía, al delirio que lo tenía hablando

incoherencias frente a la comba nocturna que lo miraba con lástima, regalándole para calmarle un viento fresco llegado de las playas...

Cuando al alba siguiente le encontraron, Nabor era una locura amontonada derramando lagrimones a la vera de un troncón liso, despojado hasta de su último retoño. Hipaba, gemía y abrazaba el palo mondo prometiéndole vida perdurable, como murmurando a un viejo oído cosas nuevas, suaves y enternecedoras. A media lengua pronunciaba un nombre que no alcanzaron a entender y arrodillado frente a una imagen que no pudieron distinguir —persignados por el miedo—, los ceñudos guardianes que le hallaron.

No poco trabajo costó arrancarlo de aquel sitio. El indio forcejeaba y pateaba a cuantos querían aprehenderlo. Mas por fin fue dominado y conducido a la comandancia del poblado próximo.

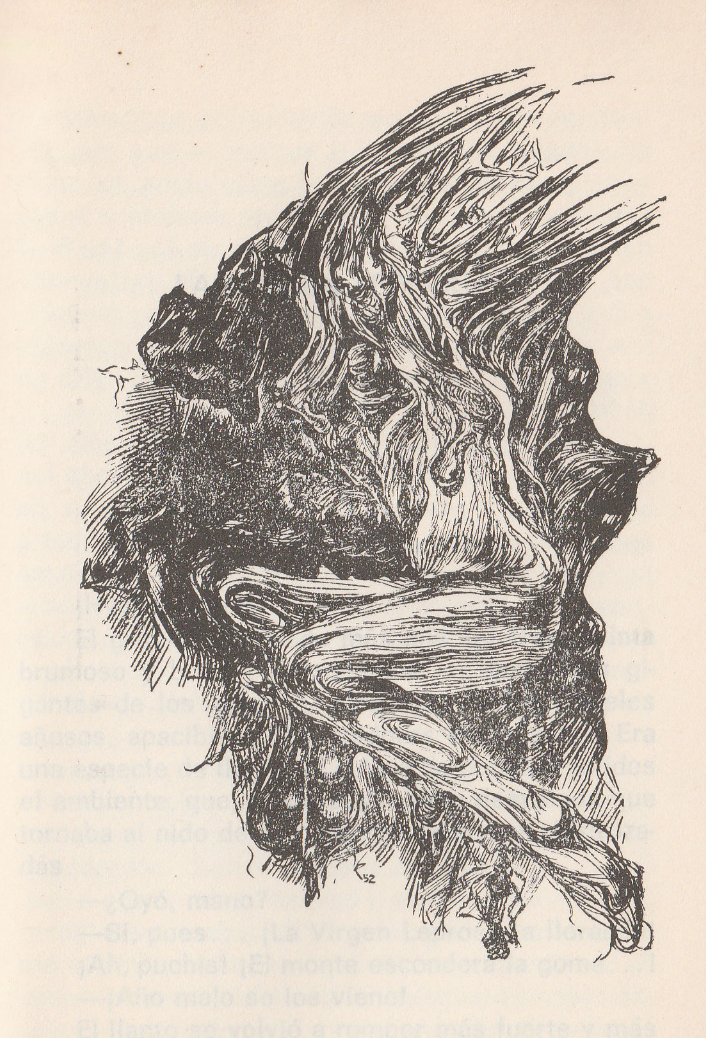
Ya en el manicomio de la capital Nabor fue el más pacífico, el más sereno e interesante de los recluidos. Se pasaba hablando de una mujer que tenía cuerpo vegetal y voz de ritmo indiano. Noche a noche —decía él—, llegaba a visitarle y con pasos de seda le conducía hacia un risco lejano desde donde se dominaba el mar. El mar de temas navegables, de cantos madrepóricos y hondos que entonaban en su olvido los bogas ahogados en noches de violentos naufragios. El mar humilde y orgulloso que devolvía su murmullo al viento en el más agitador concierto de presagios, con cuerpo y vibración...

—¡Pena del son, pena del son!

El sol es ya un globo rojizo en el oriente. Muchos cohetes más han escupido tras las ancas mismas de las nubes volanderas y cambiantes. Las cejas del aire sueltan un distante rumor de marimba y extensas luminarias de pájaros vuelan al encuentro de esa magia, azotando las plumas de rubí que parecen tendidas sobre la imagen del Cristo Manso de las humedades...

—Sin ellos la feria huele a muerto...

—¡Y el santo no hace caso a loración!



LA VIRGEN LEPROSA

LA VIRGEN LEPROSA

¡Hyayaaaaaaay!

El grito brotó desde más allá del **Usumacinta** brumoso y bravío, enredándose en las copas gigantes de los árboles, atravesando los túneles añosos, apaciblemente traidores de la selva. Era una especie de lloro que cubría de puñales dolidos el ambiente, quejido de algún alma desvelada que tornaba al nido de sus viejas querencias destrozadas...

—¿Oyó, mano?

—Sí, pues... ¡La Virgen Leprosa ta llorando! ¡Ah, puchis! ¡El monte esconderá la goma...!

—¡Año malo se los viene!

El llanto se volvió a romper más fuerte y más desolador. Raspó el techo vegetal que pesaba sobre los **lagarteros** del río y como un triste re-

lámpago inundó de pesadumbre los campamentos **chicleros** y los chocerios taciturnos que también agitaron su espanto bajo el agrio clima. La selva detuvo sus rumores en un gesto sombrío y la voz del presagio encogió los nervios de los hombres que presentían el hambre azotando inclemente sobre sus poblados. La Virgen Leprosa se quejaba. Era la maldición que todos los monteros conocían y contra ella nada se podía. Inútil todo. . . ¡No se podía!

Nadie supo jamás de qué lugar procedía. La Evarista Sequén arribó al campamento cuando los **contratistas y subcontratistas** en plena tarea de **enganchar** hombres, se baten a tiro limpio contra los rivales marrulleros que se han adelantado en la aventura, despojándolos de los más **altos chicleros,** aquellos que **rumbean** mejor, y saben hablar con más cariño al árbol, conociendo a fondo el secreto de su sonrisa blanca, arrancándole más leche a cambio de hacerle menos daño.

Fue una mañana de junio lluvioso y torrentero. La Evarista Sequén asomó a la aldea vistiendo traje hombruno. Zapatos de trompa levantisca como dispuestos a retar al fango, sobrebotas, pantalón **café** de **lona** y camisa verde musgo a cuadros. Su ancho sombrero le daba un extraño gesto de imponencia que atraía y su machete al cinto era una orden de respeto. . . Sin embargo, se adivinaba en ella a la mujer.

Ladeó el **bodegón** de la oficina, salvó de un salto los escalones haciendo rechinar sus botas

en el corredor. Un hombrón curtido la miró estudiándola. La Evarista Sequén, reconociendo en él a un contratista, se le arrancó en su primera decisión:

—Quiero trabajo. Soy chiclera.

Una sonora carcajada se resbaló timbaleando en las paredes de las **champas** bostezantes de aburrimiento.

—El chicle es pa los machos. . . ¿Entendés? ¡Y vos me lo pedís!

—Ta bien. Me iré con otro. ¡Cabrón!

Un certero salivazo mapeó el rostro del hombre que en seco paró de risotear. La miró alejarse a lo largo de una vereda pantanosa curtida de **sapillos** y culebras de agua. Rondas de mosquitos le querían atajar el paso, pero la Evarista Sequén los azotó con el sombrero, siguiendo libre en el camino de su rabia.

El contratista era un haz de miradas en su asombro:

—¡Perra la patoja. . .! ¡Ta güena y es machita!

Veinticuatro horas después, una voz tabacoaguardentosa llamaba a la Evarista Sequén en la **cuadrilla.**

Diez quintales de caucho por temporada y treinta dólares por quintal. No importa cómo, ni hasta dónde el dolor del sacrificio. Pero el chiclero tiene que cumplir su compromiso y en pos del chorro claro tala y tala el verde abovedado de la selva. Diez quintales por año. ¡Eso es todo! Aquí

el anhelo fuerte del **cauchero,** el relumbrón del oro **gringo,** el disfraz humillante de la pordiosería que toma el traje engañador de la abundancia... Y más allá la selva, prodigiosa madrina de la fiereza que ata al hombre en cuanto la conoce, porque es la gloria de medirse con la muerte la que le hace aferrarse a la aventura de encauzar el río blanco de la goma, luchando contra el tiempo y su soberbia, contra el odio del diente y el veneno, bajo cielos de sombra y agua sorda, sobre lechos de fiebre y de ponzoña.

Diez quintales por año. La Evarista Sequén rindió cincuenta en la primera entrega. Con los ojos desorbitados, fruncido el ceño, arqueadas las cejas en la incredulidad y escupiendo salivones espesos de tabaco y **clan,** los **cuadrilleros** observaban, a la chiclera que repartía sorpresas con su exagerada anotación. Pluma en mano, el contratista atrapaba moscones con la boca, sin decidirse a escribir, como dudando en el más hondo de los recelos. Cambiaban señales los perfiles cetrinos, un viento misterioso acampó sobre la tarde y el murmullo criminal de lo diabólico comenzó a frutecer en la torva conciencia de los hombres.

—¡Vuele vidrio, cuate...!

—¿Si será bruja la maldita?

—¡Por lo menos...!

Y lo mismo ocurrió todos los años. La chiclera llegaba con el **tiempo** y con el tiempo retornaba "asaber dónde". Sola acudía al reclamo de los contratistas, ensoñando al pago alegre de las temporadas. Sola se internaba en los reductos de la selva que sólo ella conocía. Sola trabajaba en el ir y venir de los días y las semanas y los meses y sola desaparecía empujando su aro simple de leyendas a las oscuras regiones de donde provenía. ¿Sufría o era feliz? ¿Se apegaba a la vida, o la vida le importaba poco? ¿Tenía corazón, o una brasa infernal le almacigaba el pecho? Todos, absolutamente todos ignoraban el destino de aquella sombra indescifrable, hierática e incomprensiblemente fría, cínicamente melancólica, cercada de misterio y brujería.

Mucho se habló de aquel carácter esquivo y de la fantasmal soledad de la chiclera. No era orgullo —dijo más de alguno en su defensa—, era más bien piedad disimulada de soberbia. La Evarista Sequén padecía una extraña dolencia y temía contagiar a los **huleros.** Por lo demás era una santa... Pero... ¿y el chicle? ¿De dónde lo sacaba?

Un hombre hubo que se atrevió a seguirla hasta más allá de lo real, acaso del lado del vacío. Era el mejor de los **rumberos** y el más hombre de los hombres que sudaban coraje en la montaña. Fue por valorar su sangre, por medir tal vez la fibra terca de su raza, por dominar la cima de su orgullo macho, que el cauchero pesquisó a la hembra. Pero tornó loco, salpicando de historias increíbles el calor de los fogones, de cosas que olían a mentira la comba bulliciosa de las noches selváticas. Raros, rarísimos eran, ciertamente, los cuentos que el chiclero loco despenicaba en sus

cuadrantes de delirio. Reía primero, hablaba después y concluía otra vez riendo, empapando con su historia a los oyentes...

Jamás los cuadrilleros habían escuchado un lenguaje semejante. Eran como palabras de humo, como cantar de mandolina rota, como los versos tristes que mastican los monteros borrachos cuando barren sus penas con alcohol. Aquí está, más o menos, lo que el hombre en su locura de chicle repetía:

—La voy siguiendo en el monte, la he seguido. Soy un chiclero más, me he dicho por dentro y caminando. Es ella que va delante de mí, cerca de mí, muy frente a mí. La Evarista Sequén me guía a mí. Sus pisadas de luz andan por mí. Sus ojos de dolor miran por mí. Su corazón vive por mí. Su carne y su desear pecan por mí. Es ella la que peca y yo el que goza. Ahora sufro en el goce y caminando... ¿Distancia? ¿Para qué si no la siento? ¿Y el tiempo? ¿Qué más da si no lo cuento? ¡Qué luciérnaga enferma no ha llorado! ¡La Evarista Sequén también me llora y en su llanto se crece la montaña! ¡Soy yo con su secreto y caminando! ¡El chicle es ella, la Evarista Sequén...! ¡Y yo, soy yo que soy la muerte y caminando...!

Otras veces recostaba su idiotez en las fogatas y en una forma de ronroneo lúgubre continuaba el enhebrar de sus dislates. No eran árboles para él los de la selva, eran hombres de verde estatura y piel extensa cortando el son lunado de

las noches, suaves niños de monte que acudían reptando hacia los pechos de ella, a succionar el filtro blanco de su sangre que era el caucho.

¡Los he visto saltar con pies de tierra! ¡He mirado mamar su leche triste! ¡El chicle es ella...! ¡Y yo, soy yo que soy la muerte y caminando...!

Espantaban las cosas del montero loco. El campamento se colmó de miedo y el clamor de la protesta recayó en la hembra, porque el rumbero idiota seguía enredando la mente de los hombres con su enorme cosecha de extravíos y su mar de lunas tontas babeando en la quietud vigilante de los nocturnales.

—¡Es pura bruja la maldita!

¡Qué va ser alma del monte...! ¡Babosadas!

—¡Si güelve el año entrante la acabamos!

—¡Eso muchá..., la acabamos!

Centenares de **pangas** navegaron los ríos anchurosos. Las aves migratorias habían huido hacía tiempo a los escondidos parajes de su estación salvajemente dulce y provechosa. Alharacas de monos saludaban el paso de las barcas azules de vados y de cielos profundos. Recomenzaba el ciclo de venganzas. Retornaban los hombres sedientos de látex con el suspiro del **hule** a flor de labio. El monte se entornaba en el bostezo vislumbrando la forma de sus nuevos peligros.

Los caucheros volvían. Eran las mismas caras curtidas de otros años y los gestos ceñudos

también eran los mismos. Los hombres del chicle son como la selva, no envejecen nunca. Miden lo lejano de su infancia por sus odios despiertos, los peligros sorteados y sus lacras... "Cuando me apareció la **llaga**..." "La vez que al compa Ambrosio lo **trabó** la **nahuyaca**..." "El tiempo en que **acabaron** al **dijunto** Isauro..." Así iniciaban siempre sus historias simples, sencillas y trágicas, festoneadas de miseria, acuareladas sobre el dolor de sus propias existencias explotadas.

Regresaron los nervudos montañeses y con ellos la Evarista Sequén derramando el vuelo enfermo de sus pájaros. Era también la copia fiel de años pasados. Taciturna, rodeada de sus latentes soledades y sus melancolías, se entró de nuevo al campamento. Firme el andar pasó ladeando las filas de hombres mudos que ocultaron su mueca, disimulando su impiedad jurada en un delgado silencio de hoja muerta.

Diez de ellos se ofrecieron a seguirla. Sería al amanecer, después de muertos los fogones y cuando apenas las lámparas de **queroseno** vigilan el dolor del campamento, tras un coro de chirridos y croares que bordan su misterio en las marañas.

El alba cantó en las hojas destilantes, vaporosamente tiernas, dando el aviso del nuevo día a los légamos tristes del pantano, que envió sus espirales de humo al encuentro del primer rayo solar. La Evarista Sequén tomó su **equipo**, se desperezó con el pecho de la bruma, rumbeó hacia el monte y se adentró en la muerte.

Diez sombras la viajaban en sus huellas...

¡Los demás dormían!

¿Qué cosas más no siguió refiriendo aquel cauchero loco? Muchos años hace ya de ello y aún su voz de páramo continúa haciendo reventar las bocas en temblores de oración. Nunca más volvió la Evarista Sequén a desandar el rastro de las caucherías, pero tampoco se supo jamás de sus perseguidores. Sin embargo, el son perdido del chiclero loco sigue revolviendo lunas sobre las almas ebrias de supersticiones.

Un pueblo de leprosos se había descubierto más allá del río. Lo mandaba una mujer, aseguraban. Grupos de hombres la abanderaban como perros, aullando a su vanguardia con una especie de gemido que hacía huir a los pavóricos monteros y más de uno juró haberla mirado curando piadosamente a los **chicozapotes** de las heridas causadas por los machetes montunos, mientras surtía su llanto de hembra amargada sobre la piel sangrante de los tallos.

La Virgen Leprosa la han llamado. Y asegura la voz sencilla de la gente, que cuando la aurora raya el horizonte y un llanto agudo, largo y triste se estira allende las riberas del Usumacinta, el monte esconde su resina, bulle el hambre y los hombres del presente pagan muy caro por el crimen de otros hombres...



EL NEGRITO

EL NEGRITO

Hasta la luna se encrespó en el brinco. El hilo de un lamento estiró en la noche los hocicos de los perros que por largos instantes dominaron la **llanada.** Algún nuevo asombro cubriría la planicie, para que el astro mismo decidiera ocultar su ojo viscoso y el **tecolote** abriera a la vez su lentejuela doble, oteando un presagioso olor de muerte y de misterio.

Pero el secreto estaba en la cabaña, en el cono desnudo del rancho que destorcía su orfandad aldeana, como aventado a la orilla del camino, con descuido casi, acaso arrojado —para decirlo de una vez—, por la mano de algún ser irresponsable que nada tenía que ver con el plan sudoroso de los **puntilleros** del trabajo, de la ternura casera, ni con el amor resplandeciente que fortalece la jocundez de la raza indiana.

Era allí que estaba todo. El Victorino Guz martillaba sus ahogos. Deliraba. Hablaba y hablaba como en sombras a la sombra de su mujer que al lado suyo bebía predicciones y sarcasmos, musitando sentidos **padrenuestros** por la suerte de su marido y el destino de su hijo que en anuncio doloroso le decía que llegaba de una vez perdido para ella. El embarazo le lloraba adentro, pero la hembra nada más rezaba...

Gimió el enfermo:

—¡Ay, vieja! ¡La pesadiya otra vez! ¡El Negrito me está tentando...! ¡Quitámelo por caridá! ¡Vieja, viejitaaaaa!

Bisbiseó una voz con reflejos de odio y de piedad cristiana. La mujer se tocó el vientre cundido de moretones y retorcido en contracción de aborto. Sus ojos tumefactos lagrimearon con los ojos de la noche y aun sobre su propia pena tuvo valor de posar tiernamente las manos en la cara angustiada del hombre suplicante, abatido y humillado. Todavía sangraba su boca cuando habló:

—Los octavos serán... Andá, bebé más guaro y me pegás más duro. ¡Sos malo, Vitorino...! ¡Alaverdá!

Fue en ese instante que la luna entreabrió su aro lechoso, mientras el ala verde del aire se llevó aquel diálogo, pero los perros lo alcanzaron repartiéndolo con su signo doliente a la distancia...

Así comenzó aquello, simple y llano, sin complicaciones, como empieza toda historia humana.

Las viejas del pueblo lo referían con palabras temblorosas y los ojos pegados a la tierra. Ni promesa de matrimonio exigió la muchacha para dejarse poseer por el Victorino Guz. Se entregó así sencilla, amorosa y dócil, como la mayor parte de las indias quinceañeras, en algún lugar del campo. Tal vez fue de día, en el fondo de las barrancas, allá donde no hay más miradas que las del insecto que hurga en las marañas, ni más ruido que el de los jadeos, ni más perfume que el que desatan los cuerpos aplastando las hierbas bajo las dulces contracciones del espasmo. O quizá ocurrió en la noche de los **maicillares,** sobre los mismos surcos, cuando un beso de fuego le cerró el quejido de la primer caricia y nada más el suelo supo de aquella sangre que de tan caliente quemaba los retoños y de tan rutilante ponía envidia a los luceros que también soñaban en la curva de la bóveda campera...

"Onde quera pudo ser..." —repetían con rubor las buenas gentes. Lo mismo daba. Lo cierto fue que un día del noviembre claro la patoja **voló** del rancho casero dejándolo todo: sus vestidos, sus zapatos domingueros, sus moños y alhajas de feria y hasta la esperanza abrigada en los ojos que la vieron nacer y crecer... ¿Para qué? Si eso es lo que hacen las indias cuando quieren. Se entregan primero. Acaso el amor viene más tarde. Y en una hora cualquiera, **"cuando nuay más rimedio"**, desesperadas, forzadas tal vez por el mandato de la carne, se van detrás de su dominador

sellando así el trato de su vida futura, abriendo nuevos rumbos al ensueño, duplicando de una vez la carga de un **tapexco**...

¡Así se inició aquello!

¿Se habla de vivir o de morir cuando se apura el primer trago? ¿Son guitarras distraídas las que suenan, o demonios furiosos los que aúllan cuando el licor se apodera del espíritu? Estas preguntas debió hacerse el Victorino Guz en sus primeros tiempos de **parranda.** Comenzó fiesteando lleno de simplezas y alegrías, como las de cualquier paisano que aborda la carreta brumosa y sigue los tumbos del pértigo con un silbo tempranero que despierta el verano de los pájaros.

Alegre, de verdad, le resultó el principio. No había zarabanda, fiesta de **confirma,** cumpleaños o velorio, que no se acortara con la sal y pimienta del indio **resbaloso** y decidor. Inventaba cada chiste para hacer que las horas transcurrieran sin sentir, desatando a un tiempo la admiración envidiosa de los criollos y los suspiros imposibles de alguna moza que, oyéndolo, comenzaba a bajar estrellas con la insinuación de su mejor deseo y a clavar los ojos en algún lugar del río, para entregar la cita y convertirse de una vez en su mujer.

"A eso se llama **tener leche**" —decían los **patojones** con ansias de hombre en las pupilas y en el sexo. Pero eran los viejos de barbas tan antiguas como las primeras casas de la aldea, los que afirmaban lo contrario. Y es que ellos pensaban

que todo goce alcanzado por el vicio es pasajero y la felicidad que se consigue en una ronda "no es más que un tiento que nos pega el diablo, pa ver si de justos pasamos a pecadores en este valle de lágrimas". Esta era la palabra de los añosos comuneros y muy pronto habría de saberse en el poblado que aquellas bocas masticaban la razón.

—¿Qué pasa con el Vito...? ¿Lo vido pateando a la mujer?

—¡El maldito guaro, amigo!

—¡Ansina se volviera como enantes...!

—¡Si dicen que ya ve hasta pesadiyas!

Sobre un petate orinado yacía el hombre. Apretaba un **cuarto** de guaro entre las manos temblorosas, se mordía los labios resecos, de mucosas quemadas en alcohol y de los ojos calichosos surgían vidreos que uno a uno recorrían los parales del rancho, en ansiosos buceos que esperaban **algo** que, indefectiblemente, tenía que llegar.

El Victorino Guz hipaba entre gemido y lloro. La noche del delirio estaba entrando en su cerebro y de sus mechas revueltas, pegajosas y opacas, descendía una miel muselinada que le apretaba las arterias cubriéndolas de frío. Más allá venía la mano de la sombra extrayendo del techo pajizo recios goterones chamuscantes, que al rozarle el cráneo se cambiaban en sonidos metálicos, en golpes de campana que alteraban el trabajo de las células, para sumirlas en un marasmo agotador que propiciaba el salto y el grito de miedo, violando

la paz del rancho y el silencio que reinaba en la llanura.

Las trémulas manos del enfermo llevaron el frasco hacia la boca. Pudo medio apurar un trago, desparramando el resto del líquido que se deslizó por la barba, para luego formar un hilo ondulante que recorrió pecho y abdomen, yendo a morir después en la escasa pelambre del sexo marchito y descubierto.

Ahora el viento comenzaba a tomar color sonoro. Un tren lejano soltó la carcajada punzante y la voz de sus fuelles se acercó a los oídos del enfermo, atarantándolo con un ritmo testarudo de burla y de reproche:

—¡Sos puramierda, sos puramierda, sos puramierda...!

Y más allá de la sangre, dentro del tórax mismo, el reloj cardíaco golpeaba insistente sobre el yunque de las sienes, para iniciar su tortura alucinante:

—¡Ya estás loco, ya estás loco, ya estás loco...!

De pronto se hermanaban los ecos. El hombre erguido sacudía su cabeza afiebrada, como si quisiera desprenderse de aquel tormento que lo cubría de olvidos, entregándolo a la desesperación, vomitando bajo un clamor sarcástico que lo fundía en la razón del desvarío:

—¡Sos puramierda...! ¡Ya estás loco...! ¡Sos puramierda...! ¡Ya estás loco...!

Un nuevo alarido perforaba la soledad y los

dedos sedosos de la luna bajaban a aquietar al borracho, regalándole una miseria de tiempo para ordenar el contenido de sus visiones macabras.

El delirio cobraba nuevas fases. Decenas, centenas, millares de **coyotes** alargaban sus penas en la hondura del llano. Batallones de arañas recogían aquellas lamentaciones y con ellas a cuestas trotaban rodeando la cabaña, hasta llegar a morder los miembros del Victorino Guz que laceraba sus carnes tratando en vano de matarlas, reventando sus uñas sanguinolentas contra el enrejado del rancho, amarillo de luna y de delirio.

Repentinamente, el cielo se rajaba en tablones gélidos, que se precipitaban produciendo un estruendo aterrador, sembrando de tropeles la llanada y enfermando de una vez las nubes que bajaban a llorar. Un rozar de alas anunciaba la presencia de los búhos y era en medio de su lúgubre ulular que una sombra menuda surgía pirueteando, brincando, recorriendo a saltos con su único pie el suelo de la choza, entretelado de culebras, lagartos y ratones...

—¡El Negrito! ¡Ay, vieja, por caridá quitameloooooo!

Y allí estaba el Negrito tasajeando cruelmente el hígado del ebrio. Danzaba sobre su única pierna, hería con su mano única y con el único ojo incrustado en mitad de la frente, hacía extraños y rarísimos guiños, que obedecían chillando los animales que tapizaban la habitación.

Se levantaba, entonces, el poseso ardiendo en

su propio desequilibrio, emprendiéndola a patadas con todo cuanto hallaba al paso. Muchas veces fue la forma sufrida de su mujer la que tuvo que soportar el aluvión de golpes, hasta quedar boqueando, anegada en vómitos sangrientos y sin fuerzas para trocar su sal en lágrimas, mientras el hombre, presa de un histerismo incontrolable, se volvía millonario en carcajadas, en tanto el doble eco del tiempo y la locura se prendía como un péndulo insistente, con su agria monotonía que estimulaba los hocicos de los perros:

—¡Sos puramierda. . .! ¡Ya estás loco. . .! ¡Sos puramierda. . .! ¡Ya estás loco. . .!

Y aquello se repitió infinitas veces. Los siete meses de embarazo que soportó la mujer del Victorino Guz, fueron siete meses de hiel, de odio y de maldad triunfante, que hacían que la entraña de la hembra se nutriera del mismo aparecido horripilante que se revolcaba en los dislates del marido.

Continuaron lloviendo los octavos, con su bagaje de espectros y alaridos pavóricos del Victorino Guz, ante la inminente llegada del Negrito, que a sus oquedades sórdidas y plenas de tambores alucinantes, hermanaba su forma terríficamente juguetona y piruetezca, en la que danzaban su pierna, su brazo y su ojo únicos, completada a veces por dos labios burlones que **miagaban** y dos huecos nasales que exhalaban fetideces y profundos respiros ahogantes. . .

Así fue aquella noche. El Victorino Guz llegó

a su habitación más borracho que nunca, para caer pronto presa de su propia desventura, de su mismo buscado martirio, enhebrando aparición tras aparición en sus ámbitos ilímites y tristes, que luego finalizaron con la borrascosa tormenta de gemidos, carcajadas sardónicas y la consiguiente barahúnda de puntapiés y bofetones, sobre la estampa dolorosa de su mujer asordinada en gravedades de embarazo.

—¡El maldito guaro, amigo!

—Lo sentimos por ella. . . ¡El no merece!

—Por los dos debe ser. ¡Dios es lo que pide!

Un coro de alguaciles se aguantaba. El cuadro era macabro, sombríamente duro y suplicioso. Sobre un petate tosco, orinado y sangriento, descansaban tres cadáveres. Allí estaba el Victorino Guz con el rostro congestionado, cruzado de surcos sangrantes, desorbitados los ojos y abierta la boca en contracción de espanto. A su lado la mujer, como dulcificada en su postrer tormento, sonreía, pareciendo recibir maternalmente un cuerpecito indescifrable, pendiente todavía —como aferrado al claustro amargurado—, del amoratado cordón umbilical.

Pero lo que a los guardias movió a la compasión, fue el observar que el niño jamás pudo haber vivido —aun cuando ellos hubieran llegado a tiempo—, porque cargaba con tres defectos capitales: tenía únicamente una pierna, un brazo, un ojo pardo soñando a media frente. . . y, además. . .

¡Era Negrito!

a su habitación más borracho que nunca, para caer pronto presa de su propia desventura, de su misero buscado martirio, entoboando aparición tras aparición en sus ámbitos ilimites y tristes, que luego finalizaron con la borrascosa tormenta de gemidos, carcajadas sardónicas y la consiguiente barahúnda de puntapies y bofetones, sobre la estampa dolorosa de su mujer asordinada en gravedades de embarazo.

—¡El maldito guaro, amigo!

—Lo sentimos por ella . . . ¡El no merece!

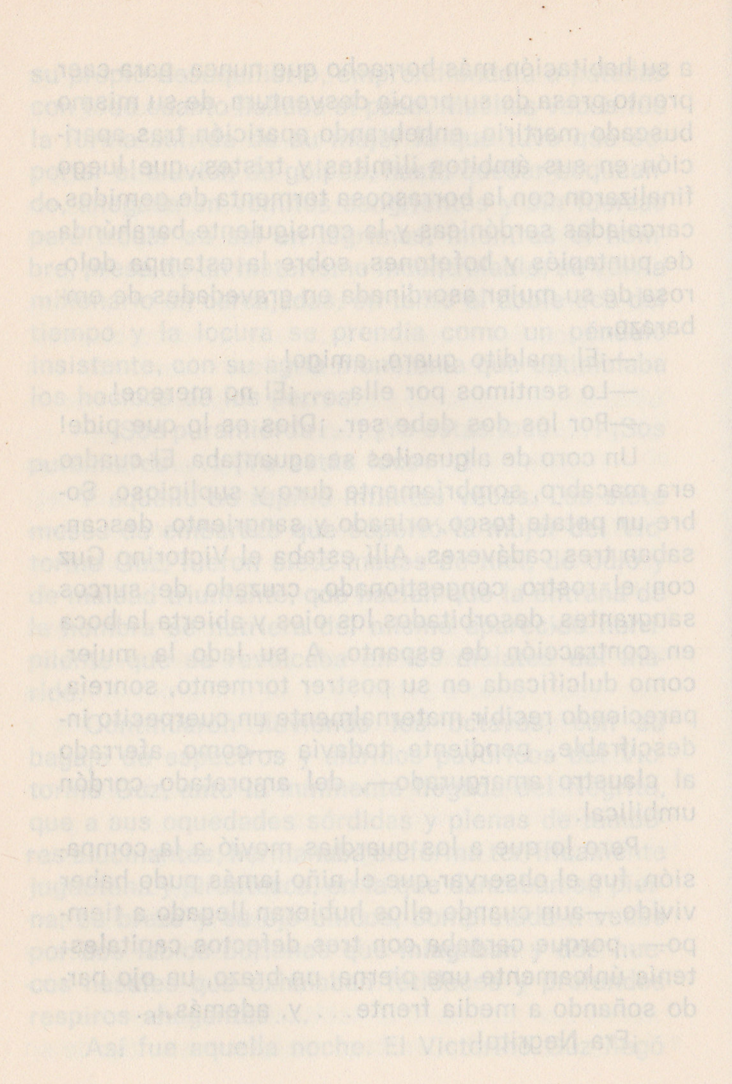
—Por los dos debe ser. ¡Dios es lo que pide!

Un coro de alguaciles se aguantaba. El cuadro era macabro, sombríamente duro y suplicioso. Sobre un petate tosco, orinado y sangriento, descansaban tres cadáveres. Allí estaba el Victorino Guzcon el rostro congestionado, cruzado de surcos sangrantes, desorbitados los ojos y abierta la boca en contracción de espanto. A su lado, la mujer, como dulcificada en su postrer tormento, sonreía, pareciendo recibir maternalmente un cuerpecito indescifrable, pendiente todavía —como aferrado al claustro amargurado— del amoratado cordón umbilical.

Pero lo que a los guardias movió a la compasión, fue el observar que el niño jamás pudo haber vivido —aun cuando ellos hubieran llegado a tiempo— porque carecía con tres defectos capitales: tenía únicamente una pierna, un brazo, un ojo parado soñando a media frente . . . y, además . . .

¡Era Negrito!

LA CANCION DEL MOPAN



LA CANCION DEL MOPAN

Trabajo costó separar los cadáveres. Aún fuera del agua seguían apretados en estrecho abrazo. Las crenchas rubias desordenadas y sueltas del blanco cubrían la cabeza al negro, bajando por los ojos entumecidos, hasta más abajo de la nariz aplastada y de los labios gruesos.

Uno solo eran los cuerpos por la muerte. Acaso en el instante de morir los dos hombres revivieron sus horas amargas, su odio sencillamente salvaje y simple, por demás humano, tal vez se apretaron forcejeando hasta hacerse daño, tragando y tragando aquellas aguas cobrizas, la vida de aquel río que abriría su piel untuosa y triste para arropar sus cuerpos y desatar sus almas dejándolas errantes bajo el clima incierto de los nocturnales selváticos.

Cuatro brazos fueron rotos para separarlos. En quieto semicírculo los contrabandistas miraban sin comprender, como dudando. El negro podía ser un asesino, raptor de estatuas blancas, violador resentido, heredero legítimo de su raza... ¡Por fin negro! y el otro, cualquier extranjero adinerado que se aventuró en la selva en busca de nuevas emociones, a caza de aventuras... No más que el robo pudo ser el móvil.

Mas lo que los **trapujeros** no advirtieron fue la sonrisa triunfal que iluminaba el gesto de los muertos. ¡No es así como mueren los que sufren! Por el contrario. Parecía que al besar por última vez las ondas, un filtro de miel les hubiese goteado en la esperanza y grupos de navíos invitado a viajar por la ciudad del tiempo, hacia lo eterno.

—Si no tienen ni un len los condenados...

—No más Dios que se sabe cómo jue.

—¡Qué el diablo se haga cargo...!

—¡A mejor si el Señor los aperdona!

En la distancia comenzaron a sonar tambores y un coro dolido resucitó la pena del monte. Selva adentro cantaban los negros. El llanto moreno tenía por esta vez la seriedad del duelo. Cantaban los negros y el **Mopán** cantaba. ¿Quién puede adivinar si el negro canta? Cantaba el río, la montaña cantaba, pero entre aquella espuma asordinada se enredaba el son marchito, la imagen del cantor de **El Cayo** que se había despedido para siempre...

Apuró el vaso de whisky y lo estrelló en el

suelo. Se reventó el vidrio en mil astillas y el musculoso **míster** Morgan las quiso perseguir con la mirada. Así estaba su suerte: ¡destrozada! Con el rostro congestionado de licor y rabia se llenaba los ojos de distancia. Recordaba aquella mañana de hacía veinte años, cuando dejó Londres la gris para venir a América. Ni un pañuelo se agitó en su despedida. Allá quedaba Albión y aquí lo recibía un nuevo continente con su bagaje de sudores y de fiebres, pero también de oro acuñado en monedas relucientes.

El negocio de la madera paga bien. El colorado inglés se veía nuevamente con el hacha humillando troncos, probando la pujanza de su brazo contra aquellos titanes de la montaña, que rugían con estruendo cuando pasaban aplastando la selva menor en su caída. Después trozas de monstruoso calibre surcando los torrentes, grúas, sierras y más grúas. Todo un panorama laborioso que culminaba con el viaje de los tablones medidos a la madre patria.

Así empezó él, dejando cifras de años, mojando con su propia sangre la hojarasca, cambiando dirección al viento con el resoplar de sus pulmones de europeo terco, caminando amancebado con la muerte, pero dorando la ilusión de una vejez tranquila, descansada y segura.

La selva mata pronto al que no tiene compañía. El viejo inglés recordaba que por muchos años la buscó sin conseguirla. Sentía el pecho seco, desolado, como muerto. Desesperaba. Porque no es cosa simple tornar lleno de monte, herido de silen-

cio y de fatiga, para encontrar la soledad del lecho. Soñar de noche, ilusionarse en lo fugaz de un espejismo y volver a lo real de la existencia más plegado a la sombra y al vacío. Aquello era como dejar la vista persiguiendo la paloma azul del infinito, o correr tras los lebreles de un suspiro.

Hasta que un día, la cruda vibración de su primera cocinera **mulata** se le entregó sobre un alfombrón de líquenes y musgo humedecido... De ella vino Stella, su hija Stella Morgan.

Stella gritó a la vida arrastrando la muerte de su madre. Un **caoba** gigante pasó a arrullar el sueño de la criolla que le alivió las penas y la niña a manos de unas monjas que la vieron crecer nostálgica, melancólica y callada. Era como si la boca verde del monte llegase cada noche a musitarle cosas raras al oído, a trastornarle el juicio, a **colgarla** de una vez por su canción. Las pobres beatas observaban afligidas cómo aquel ángel moreno de ojos tibios se nutría de viento, agitaba sus carnes y entornaba los párpados cada vez que miraba al horizonte bravío, fiero y salvaje...

Vaso nuevo. Un trago más. El británico molía su cerebro. Seguía rememorando...

Stella volvió a su lado con la risa dormida y el corazón abierto a la montaña. Nunca pudo saber cuáles eran sus horas predilectas para internarse en la profundidad del monte. Desaparecía de repente y él se quedaba plantado en la cabaña, con su gajo de presentimientos, su cúmulo de ideas

absurdas y la ansiedad de verla regresar con los ojos gozosos y una fresca sonrisa quebrada hacia los rumbos.

El imaginó, entonces, que era la sangre mulata de la madre la que se había vuelto vegetal para inyectar de espuma el corazón de su hija, metiéndole **soplidos** de **güijes** en el pecho donde una orquídea doble relataba ya el milagro de su pubertad candente. Y era así como Stella se esfumaba buscando la estrella negra que brillaba en el alma de los **madereros,** visitaba a diario los aserraderos y bajo la oscuridad montuna adivinaba los ponientes de naranja y grana, tarareando la canción de Marty, el negro cantor de El Cayo, que le ató una mariposa verde en la ilusión... El negro era también parte del monte y había exprimido quién sabe qué **yerbas** en la sencilla juventud de su hija, que ahora se desmayaba en la quietud del río, abandonada al silencio, cuando la **negreidad** lloraba y la luna desvelaba su cobre en el Mopán...

El viejo Morgan rugió pensando en Inglaterra.

—¡Me llevaré a Stella!

El nuevo vaso aposoló el vitral.

—¡Negro cabrón!

—Señora, el Mopán es como el filtro de mi raza. Allá está la luna de **ébano** acariciando niños en la superficie, pero en el fondo gime el **zombie** de los negros que murieron por los blancos... Señora, el Mopán canta y llora por los negros.

Pasaban barcos en los ojos de ella. Stella Morgan los seguía huyendo hacia una noche más plácida, menos sentimental, acaso más festiva y eufórica. Sin embargo, había tanta ternura en la voz de su acompañante, tanta amargura rebajada, tanto rencor contenido, que estaba segura de morir si dejaba de escucharla. Se le antojaba que la magia clorofílica le había urdido telarañas y la música tomado posesión de sus sentidos para retenerla. De niña oyó a las monjas narrar cosas parecidas. Se hablaba de tierras oscuras donde el ritmo ataranta, el calor pulveriza las visiones y la altura se deshila en cambiantes que invitan a morir. Pero aquí era distinto. La melodía se enhebraba lenta y despaciosamente con un deje acompasado en el andar de la corriente, con un **timbal** de pena que oprimía el corazón, culpando a la conciencia de moverse en su envoltura blanca.

—Señora, el Mopán siente y ama con los negros...

Negra como el son la sangre mía
pidió al gong su oración para el Mopán...
Negro son, la montería
¿dónde está, Mopán, Mopán?

Un surtidor comenzaba a desflecar la noche. El cobre en tanto iba tiñendo las aguas que apenas murmuraban en la penumbra. Continuaba el lloro y en la lejanía dialogaban los tambores, torturados por manos que rumiaban su cansancio junto a las fogatas. Los madereros recogían el mensaje de

aquella garganta que les regalaba el horizonte de su patria abuela. Las notas los situaban nuevamente en el mapa de su sangre, devolviéndolos al continente de sus pasadas ansias, a su libertad, a su extensión abierta, antes que sobre ellos cayera la mirada de los hombres claros, cubriendo su presente de cadenas. El eco bajaba luego desandando la estatua de los árboles, renovándose vestido de canción:

Blanca como el sol del mediodía,
rubia como luna del Mopán...
Sol y luna, mi alegría,
¿dónde están, Mopán, Mopán?

La queja de verdad mataba el tiempo. No era más que entrecerrar los ojos para que un espejismo rebasara su nivel de sueños. Danzaban las ramazones, ondulaban las parásitas y los extendidos brazos tropicales empujaban su recorrido de ternura sobre la tierra humedecida, huraña y silenciosa, hasta en las más apartadas soledades de hojarasca y musgo.

¡La tierra! Aquí también se comprendía su milagro. El hombre aferrado a su vejez limosa, apretado a su costra, lagrimeando sobre su cáscara para merecer la suerte del prodigio profundo que conocen el gusano y la lombriz de tierra, la raíz misma de los árboles que suavizan su hastío cuando entornan los claros de sus copas, para dejarlas meditando frente al perfil agónico de los astros tardíos.

Otra vez la tierra selvática, taciturna y hoscamente dulce, que enseña al hombre a no apartarse de ella, a vivir por ella y a saber morir por ella. La clave del milagro estaba ahí. Era la morena carne terrestre la que poblaba de **cocuyos** la sien quemada de los madereros, barnizando de extraños vuelos su pigmento, para hacerlos sollozar cantando en las bóvedas hondas de los **caobares.**

Así habían pasado las semanas y los meses y los años. Stella Morgan era asesina de su propio tiempo, porque no la estorbaba, ni la fastidiaba, ni cansaba. Se sentía tan parte de esa tierra, tan asentada sobre su lobreguez montuna. Ella, como Marty, también pertenecía al monte.

Inclinados sobre el barandal del puente, los dos cuerpos miraban bailotear sus sombras entre las rocas arremansadas de secretos, en lo mejor de la hora cuando la luna llena bajaba a **restregar** su cobre en los rápidos cantarines del Mopán...

Toda la noche aletearon los tambores. Esta vez su llanto iba de veras. Stella Morgan se marchaba a Inglaterra. Los geranios silvestres no sabrían más de su beso tempranero, ni las garzas fluviales de aquella sonrisa que empapaba en asombros la mansedumbre de las **pozas.** El bosque entero era una queja interminable y más allá de los aserraderos, sembrando de abandono su **bangué,** un negro cantor tenía la garganta rota y el corazón estrecho, a punto de morir.

En su **hamaca** de **pitas** Stella liberaba palomas mensajeras, suspiros que atravesaban las monterías palúdicas, apretaban su humedad de lágrimas corriendo en busca de la voz que ahora parecía aletargada, sonámbula y dormida. ¿Llegarían a tiempo sus reclamos? Nadie lo sabía. Pero ella presentía que sin el ritmo de los **atabales** su víscera quejosa iba a cambiar de vida, a darle otro destino, a hacerla otra Stella que ya no sería Stella Morgan, la perenne enamorada de las breñas y hermana entrañable de los caobares...

El **bongó** es instrumento que construye vuelos, pero que también subordina con su embrujo. A veces suena a golpe de carne lacerada, a tormento —para expresarlo en la mejor palabra—, cuando las manos sombreadas de los **bongoseros** los obligan a hablar de cosas que saben a martirio.

La **tuntunera** y la balada **negroide** se habían insinuado muy lejanas, como sobar de plumas perdidas en lo abismoso de la **jungla** anochecida, para luego tomar cuerpo y formar círculos mareantes en la mente afiebrada de la sensible Stella Morgan, que destrozada a dudas ponía su paisaje entre la rustiquez de su emoción temprana y el aburrimiento envejecedor que suponía señoreando en la Inglaterra caduca, declinante y rebajada, que le había dibujado su padre en las múltiples veladas de ocio y de leyenda.

El tronar de los tam-tam estaba ya cercano, azurumbando, dominando de una vez a la mucha-

cha que abandonó su lecho, buscó trémula el camino de la puerta y luego los escalones que la ponían en el camino mismo de los aserraderos...

De repente, dos pulmones descifraron su escape en letanías:

—¡Aé, aé, aé se van aéeeee!

Y el coro tras la hoguera del bangué:

—¡Aé, aé, aé Mopán aéeeeee!

¿Era aquello amor, o **embó** simple con que hiere el monte? Tal vez sí, acaso no. Mas el huracán de retumbos era para Stella Morgan un mandato que devoraba sus instintos incendiándola en deseos. Su cuerpo todo era un gajo de temblores. La voluntad cedía y espirales de entrega le secreteaban bajo la blusa, donde algo nuevo le platicaba de una canción distinta...

—¡Aé, aé, aé se van aéeeee!

—¡Aé, aé, aé Mopán a...!

Callaron de pronto los compases. La hembra se detuvo en mitad del patio apenas diseñado a puntadas estelares. ¿Era que se desteñían los bongoes? ¿Huían los bongoseros y con ellos su lamento? La selva entera se entregó al mutismo... Fueron los gritos de Stella los que despetalaron su flor oscura en el boscaje:

—¡No, no! ¡Martyyyyy! ¡Martyyyyy!

Y con los brazos en alto se entregó a la noche. La sombra olía siempre a sombra...

El odio que se engendra bajo lo verde es más

que odio. No se sabe a punto fijo qué es, pero es más que eso. Los monteros lo saben por las leyes que ellos mismos se han creado. Así, cuando dos hombres se aborrecen, se buscan no más para encardenar el suelo con el bullir violento de sus sangres, dejando sus coágulos prietos mimetizando el tinte de los retoños monteses y del insecto que repta entre la grama.

Stella Morgan fue encontrada al amanecer, tras una cortina de **matapalo,** picada en la frente por una nahuyaca... Pero el veneno del reptil también tentó la saña, hirió la rabia de los hombres, escarificó la piel de dos razas que son batientes de odio y han escrito en el curso de los siglos una trágica historia de venganzas.

Desde aquel momento, el rubicundo inglés y el negro **beliceño** se buscaron para cambiar o decidir sus suertes en un recio encontrón, con un hambre de muerte y un ímpetu asesino, cuyos resultados presintieron temblando los broncos ahijados de la montería.

Mediando la vereda de los **barracones,** se encontraron. Fue corta la lucha. Ambos querían **acabarse** lo más cerca posible y, al enfrentarse, velozmente se lanzaron el uno contra el otro, olvidados de sus armas, jadeantes de ira, enloquecidos de coraje, trabándose en un terrible cuerpo a cuerpo que los llevó rodando al fondo del remanso... Las aguas, sin quererlo, hicieron lo demás... Una serie de burbujas sanguinolentas anunciando el final y el pico erizante del búho se

encargó de predicar los resultados. Fibra por fibra, hoja por hoja y liana por liana, el bosque lo supo bien pronto... Bajo el rubro de una lluvia sorda algo germinó en la lejanía y un nuevo bongosero se inició en gemidos.

La vida de la selva es como cualquier otra vida de la tierra. Por la noche, la faz cobriza de una luna plena bajó a buscar nuevas canciones en la linfa rielante del Mopán...

LA ZOMBIE

LA ZOMBIE

—¡Los hombres de mi mundo me han vendido. . .! —decía triste y gravemente el hombre de la cara roja y los ojos sangrientos.

Los había sentido persiguiéndole, procurando idiotamente extraerle los secretos que la selva le había confiado únicamente a él, sin darse cuenta que no solamente le robaban el secreto sino también la niebla que sus sueños habían transformado en esperanza. . . Y todo. . . ¿Por qué? Por la desgracia de unas manos frías, de unos pies bifurcados y un extraño viento de margaritas aplastadas, que al huir de él arrastraban consigo y para siempre el embrujo de la montería. . .

—Seguro que me han vendido. . . ¡Cabrones!

¿Con quién hablaba? ¿A qué sombra participaba su pena? No se sabía. Mas lo cierto era que allí estaba el hombre de la cara roja y los ojos san-

grientos arañándose nerviosamente la barba, mientras dejaba que un aire de congoja lo poseyera en lo más hondo, en una especie de adiós último a las marañas montunas que él afirmaba haber perdido para siempre.

Fue a la caída de la tarde, cuando la montaña se mece plena de una soledad que todos los **caucheros** temen hasta llegar a la oración. El trastabillaba mojado en aguardiente hasta las uñas. Se tambaleaba por la ruta, sorteando los árboles botados y los fangos que ya lloraban estrellas con el primer crepúsculo. Porque en la selva es de noche cuando amanece, ya que a esa hora despierta realmente en sus rumores y peligros.

El hombre maldecía y maldecía en su rabia de licor e infortunio. De pronto, al intentar ladear un surco limoso, se halló bruscamente frente a una silueta de mujer que ahondaba el humo de su cerebro alcoholizado con unos ojos lentos, blancamente lechosos, como escondidos tras una cara que sudaba palideces en medio de la tarde. La sangre de otros ojos la estudiaron.

—¿Qué hacés a estas horas, sola en el camino...? ¡Debés ser una puta!

La mujer lo traspasó con el gajo ausente de sus ojos.

—¡Ah, ya sé, plata es lo que buscás...! ¡Tomá, tomá, andá gastalo y bebé como yo, como los hombres! ¡Pero hoy... dejame... porque estoy borracho! ¡Ahí mañana, si no tenés apuro...!

Avanzó hacia ella, arrojándole billetes a puñados.

—¡Tomalos, tomalos sin miedo...! ¡Pero te digo que mañana!

Y se apartó nuevamente, hacia el sendero, mascullando entre hipo y zarandeo:

—¡Si no tenés apuro! ¡Si no... tenés... apuro...!

La estatua de silencio le miró perderse. Lo clavó por la espalda con sus ojos idos, mientras hundía su camisón atardecido y su cabello suelto entre las brumas.

Esa noche el hombre rojo soñó que se moría. Cuadrillas de monos gigantes lo conducían nadando por un río de muerte, hacia un puerto de luna donde dos ojos lechosos lo recibían envolviéndolo, poseyéndolo entero con un toque helado, abismoso y sepulcral, que sin embargo, le gustaba, le gustaba... Una mujer se aparecía, entonces, abierta en cruz entre los ojos aquellos, en tanto de un calidoscopio de rostros, sudarios y bocas, surgían alfabetos ondulantes que luego se ordenaban en una frase conocida, musitando como fino péndulo de miel a sus oídos: "¡Si no tenés apuro...! ¡Si no tenés apuro...!"

Al alba se despertó profundamente impresionado. Apuró un trago doble de cognac y sin esperar su desayuno se marchó al trabajo.

Por la tarde estaba otra vez ebrio. Tres cuartos de **clan** le encendían las arterias. Mas sentía que

algo raro había en esta borrachera. Día tras día había bebido para olvidar su nórdica patria lejana, sus amores frustrados, sus fracasos... ¡Y ahora se emborrachaba para recordar! ¿Recordar qué? No sabría decirlo. Pero reconocía una vereda montañosa que lo llamaba, cuando su sueño de alcohol se redoblaba con palabras:

—¡Si no tenés apuro...!

Bebió el licor restante y tambaleando de nuevo se adentró por el sendero y los pantanos, donde las ranas se burlaban del crepúsculo.

Caminó mucho, lo bastante para perder las voces de los hombres que entregaban su trabajo en los galpones. Sorteaba troncos, baches y hojarasca... Pero hoy no maldecía. Un sabor de aventura le enredaba y el corazón era un tambor de tráquea afuera.

De repente, la mujer se dibujó a diez pasos. Tenía los billetes en una mano y le clavaba un imposible de ojos que parecían llegados de muy lejos, de más allá del tiempo, de lo extenso sin límites, de todo lo frío que gustaba... El la cubrió entonces con la sangre de los suyos y sintió que por primera vez sus ojos de aguardiente aprendían el lenguaje del secreto palpitante y de la vida. Se aproximó como atontado, casi buscando las palabras entre la modorra y el embrutecimiento:

—¡No me hagás caso...! Ayer te dije cosas... ¿Entendés? Es que estaba muy borracho... Hoy también... ¡Pero...!

Sin querer estaba desparramando su soledad

en una confesión sencilla, improvisada, simple. La mujer le contestó con un suspiro, se sacudió con un gesto de callada invitación, la tierra pálida de su rostro buscó afanosamente la cara de él y, mientras la mano izquierda le devolvía los billetes, la derecha le aferraba la cintura...

¡Y abrazados se internaron monte adentro!

A la mañana siguiente, el hombre de la cara roja y los ojos sangrientos narraba su hazaña a los **chicleros:**

—Me acosté con una hembra que encontré al lado del pantano, cerca de los chorrerones. Estaba un poco fría... ¡Pero se sabe dar!

—Bruto... ¡Si es la Zombie!

Los cuadrilleros se le fueron alejando temerosos, lívidos, hacia los barracones que sudaban bajo el día tropical, con un temblor de avemarías quebrado entre los dientes.

¿**La Zombie**...? Ahora el hombre rojo recordaba. Zombies son aquellos seres indescifrables que irrumpen por los senderos selváticos a la caída de la tarde, levantando un viento de desolación y vaciando en un clima de muerte a cuanto los rodea. Habitan las regiones tropicales y se los considera como muertos levantados de sus tumbas para ayudar en sus tareas a los vivos. Nadie hasta hoy ha aclarado su misterio. Mas lo cierto es que los zombies aparecen de pronto en la maraña como fantasmas pálidos, mudos, quietos, fijos en su fama de ultratumba, paralizando toda vida en torno

con la cal de sus ojos abismales y el olor de su piel a sepultura...

—¿A sepultura...?

Y aquí surgía el punto fuerte de la duda.

El hombre de la cara roja y los ojos sangrientos recordaba bastante bien que su amante no olía a sepultura. ¡Muy al contrario! Acudió a la visión de los olores y pudo nuevamente percibirlos. Había fiesta de campánulas en la cara terrosa de su hembra, llanto de capulines en los senos exprimidos bajo el camisón y un como aplastarse de margaritas silvestres —deshojadas blandamente sobre el sexo—, en el momento en que la estaba poseyendo... ¡Aquella mujer era la montaña entera con sus jugos, sus cantos, sus floreceres, sus perfumes, sus licores...! Y eran los chicleros idiotas, envidiosos y cobardes, quienes se la querían arrebatar recurriendo a su hiel, a sus intrigas y a sus supersticiones...

—¡No, no! ¡Búsquense otra o hagan cola...! ¡Pajeros!

Hacia el atardecer otra vez el alcohol. Pero el extranjero ya tenía cuna para su amor recién nacido. Apenas la sombra de las barracas se emborronaba en su mirada de ascua, él se calaba su gorra de viejo traficante, se arañaba el gargüero con **el resto** y en silencio tímido —esquivando la mirada de los caucheros—, se empujaba balanceante hacia el pantano y sumaba otra noche a su ilusión.

Era la medianoche y un cielo vertical iluminaba plenamente a La Zombie. Con asombro, pero sin miedo ni asco, él la observó. En vez de los diez dedos normales, dos troncos en v bifurcaban cada pie de la mujer. No preguntó nada, mas ella pareció adivinarlo.

—¿Sabes...? —se movió ella horizontal sobre la yerba. ¿Sabes lo que estaba pensando...? Pensaba que si yo te doy mi secreto vas a ser más mío, serás como uno de los nuestros... ¡Y ya no podrás dejarme!

El no la miró siquiera, pero su ansiedad le dijo que siguiera.

—Te he mirado sin verte... ¡Te he estado observando, desde adentro! ¿Me entiendes? Te has estado fijando en mis pies hendidos... y de eso es que quiero hablarte... ¡No sé si entenderías! Pero en esta separación están los signos de la vida y de la muerte... Lo mismo que tú puedes ser mi vida y yo te puedo significar la muerte...

Tomándola de un seno, él la invitó a seguir.

—Voy a darte mi secreto... Estoy decidida, quiero hacerte mío del todo... Pero para eso hay que tener coraje... ¿Me oyes? ¡Mucho coraje! ¡Es preciso sentirse morir, sentir que uno se muere de verdad...!

El hombre de la cara roja advirtió que sus ojos sangrientos comenzaban a bañarse en aguardiente. Tres posesiones consecutivas lo habían debilitado hasta el exceso. Ahora la luna era de fuego y el pezón de su amada se le pegaba a la boca

como brasa... ¡Era la fiebre! A su cerebro se venían acercando unos dedos lejanos, unas manos lejanas y unos pies bifurcados también lejanos... Supo que algo le hablaba cráneo adentro: "¡Si no tenés apuro! Si no tenés apuro!" El era ya la vida, mas ella podría ser la muerte... ¿Y por qué no al revés? ¡La muerte! ¡Pero qué podía importarle a él la muerte, si esa mujer era suya y de nadie más que suya? La prueba es que nuevamente la estaba poseyendo, pegado a aquel rostro de barro entristecido y sintiendo aquel olor a margaritas aplastadas... Sin embargo —aún por sobre la posesión—, su mujer continuaba balbuciendo:

—Te llevaré a mi mundo... ¡Ya no podrás dejarme! ¡Si no tenés apuro...! ¡Si no... tenés... apuro!

Fue entonces que él quiso responder que sí, pero no pudo. Porque la poseída lo acariciaba con sus dedos blandos, uno de los cuales le cerraba la boca hasta callarlo. Ella era un fuego que lo estaba devorando. ¡Qué bien se daba esa muerta que todos envidiaban! ¡Esas eran entregas! Intercambiaban vida a borbotones. ¡Eran goces sin fin, placer infinitamente dilatado, la locura...! ¿La locura? ¿Y si se estuviera volviendo loco? Alguien dice que se comienza por soñar y se sueña más y más hasta el cansancio... ¡La locura! ¡Ay! Mas lo de él no era sueño, ni cansancio, ni locura... Porque su amada estaba aquí, al lado de él, muy cerquita a él, sellada a él con sus dedos blandos, sus manos blandas, sus pies blandos —blandamente bifurcados y lejanos—, su blando amor y su enervante olor a margaritas aplastadas...

De repente, un aullido distante lo desaletargó. Alguien —vecino de la selva—, agonizaba y los perros campamenteros lo presentían y lo divulgaban con su llanto helado. Una duda lo asaltó... ¿No sería él quien se moría? "¡Hay que tener coraje, mucho coraje! ¡Es preciso sentirse morir, sentir que uno se muere de verdad...!" —había dicho ella. Mas él, por el contrario, se sentía más vivo que nunca... ¡Sólo que esta fiebre electrizaba más sus nervios y lo encendía en más y más deseos!

Intentó gritar, pero tampoco pudo. Los aullidos venían avanzando y algo como de voces de hombres se confundía con ellos. Seguramente los trabajadores habían descubierto su escondrijo de amor y llegaban, codiciosos, a exigirle que compartiera su secreto... ¡Seguro que eran ellos! Porque la mujer se le escapó asustada y empezó a desdibujarse entre la niebla... El hombre se desesperó, intentó seguirla, tratando en vano de apartar rabiosamente troncos, lianas y raíces, mas apenas quedó entre sus manos el hueco de dos senos recién acariciados, la triste mirada de ella al despedirse de él, recogida por sus súplicas y en su cuerpo un enervante aroma de margaritas aplastadas...

—¡No, no! ¡Me la quieren quitaaar! ¡Búsquense otra igual... o hagan colaaa! ¡Pajerooos! ¡Me la quie... ren... qui... tar!

Un vómito de sangre. El hombre de la cara roja quedó sobre la mesa, abandonada su gorra de viejo traficante y sus ojos sangrientos definitivamente idos.

—¿Vio, compañero? ¡Eso pasa por chupar y no comer!

—¡Pobre noruego! ¡No tenía a nadie...!

—¡Sólo queda llamar al alguacil, pa' que lo entierren!

—De tanto trago hasta miraba animalitos... Así decía, que su querida era una muerta... ¡Afigúrese!

—¡Virgen pura...!

—¡Así quién lo iba a entender!

Mas un creyente negro sí que lo comprendería. Orillando las caucherías, más allá de los pantanos y cerca de los chorrerones, la selva entera abrigaría a cuatro pies bifurcados, dialogando bajo la luna sobre problemas de la vida y de la muerte, poseyéndose sobre una miel de capulines rotos...

¡Y entre un olor de margaritas aplastadas!



EL JUAN PACAY

EL JUAN PACAY

La tormenta se arrojó de golpe, con avidez de loba hambrienta, sobre el rancho tísico del Juan Pacay. Desde su interior el indio escuchaba cómo en sordo rumor el temporal se aventaba en granizos sobre el envarillado de su pobre cabaña que estaba próxima a quedarse sin dueño.

Por algunos instantes parecía que la tos seca del Juan Pacay quería imponerse al chubasco y dominar el valle sórdido, irse por los caminos de las aradas fecundas bajo la misma furia del tiempo, a esconder su desesperación junto a los breñales que sangran hasta el paso de las bestias, o reventarse en gritos contra los tenamastes de la barranca cercana, allá donde mil tumbos de muerte se retorcían en la más aterradora danza de presagios...

Cualquier alma piadosa del lugar habría comprendido que al Juan Pacay le sobraba razón. Epocas ancianas supieron del reflorecer de aquellos suelos rotos únicamente por la hazaña de la peonada bárbara, cuando el valle, primeramente huraño y hosco, optó por la amistad de unos hombres que nada sabían del cansancio y la pereza, soltando la carcajada hiriente cuando alguien les soplaba al oído la palabra muerte...

El Juan Pacay recordaba con cierto rencor para la vida que se le huía, sin dejarle el menor **chance** de retenerla un poco para odiarla más al despedirse de ella.

Los indios le entran a la tierra tratándola al principio como a una hembra mala. A unos les toca la planicie y es el arado terco el que la vence al empuje de dos costras callosas que desde patojas aprendieron la lección de combatir el hambre. Otros se van a la ladera salpicada en **piedrín** y **canto afilado** y es, entonces, la pica fiera la que llora chispeante bajo sus pujidos. Pero de todos modos la tierra se abre cuando el nervudo corazón indiano está hilando promesas, revolcando trinos en la zarabanda dulce de los milpares.

El Juan Pacay le entró así, hundiendo una y otra y otra vez su necedad de macho, hasta que un día, después de tantos días iguales de ir contra la sed y el hambre, de ampollarse el **cuero** bajo la bilis solar, le llegó al corazón una voz enredada de crepúsculos que para él tenía la firmeza del triunfo: "¡El Juan Pacay embarazó la tierra!"

Y a la madrugada siguiente, cuando salió del rancho para cambiar bostezos con la bruma, se dio cuenta de que no había soñado, porque desde la arada donde él sepultó su botija de ensueños y sudores, un batallón de recién paridos le llamaba a un nuevo trabajo, llenándole el alma de señales, sonriéndole, haciéndole **viejitos** con sus dientes de hierba que atrapaban la luz y la miel de la mañana.

—¡Juera sanates pisados! ¡Lejos diay, clarineros cabrones! ¡Y vos, pijuyo chingado...! ¿Qué tias creydo?

Era así como se enloqueció de acaparar tanto sueño y mirarlos de una vez realizados. Después se lanzó por los surcos húmedos destrozándolos uno tras otro, hasta que, fatigado, se hincó gimiendo en la borrachera de su alegría.

Cuando se levantó el sol estaba más alto y un día triunfal se esponjaba sobre las sienes iluminadas del Juan Pacay. El olor de aquel parto terrestre le había llenado la frente de milagro, pero, aún así, sintió que había algo más en la necesidad del hombre. Su pecho se lo estaba diciendo y por un momento no halló qué hacer con tanto pájaro que le aleteaba incierto, haciendo música bajo todo aquello que ocultaba su **cotón** mugriento, deshilachando claridades, desflecando suspiros por aquel corazón donde antes sólo se obstinó la tristeza...

El Juan Pacay pensó en una mujer. Y ocurrió como si el anhelo, la voz secreta hubiese brotado

desde más allá de la montaña vengativa para llegar al valle, porque fue repitiéndose de trecho en trecho y así pasó merodeando la vera fangosa de los juncales donde la piel del grillo la volvió más fina. Luego enfiló hacia la cumbre y de allí tornó más limpia para correr por los plisados de la quebrada sonámbula, donde la flauta del **guardabarranca** la lloró como una letanía especial hecha para su pena yerta, hasta que ya cansada, lodosa de distancias pero apretada de ausencias, la voz se fue poniendo quieta, mansa y amorosa, para quedarse meciendo entre los pezones calientes de su primer cariño...

Los **nahuales** del amor fluyen como **saltones** en el ensueño de los mortales. Fue una noche de tormenta, oscura y mugrosa, de aquellas que hacen tronar al valle, mientras llueve a cantaradas y las **culebrinas** se baten a filazos contra los árboles podridos por el miedo. El Juan Pacay oteaba la soledad. En medio de la sombra su **puro** le espantaba penas, remedando el luzazo gigante del relámpago que cubría de espejos enrojecidos la tierra **chagüitosa.**

De repente, algo como de voz llorosa rodó por la vereda. "Lagartijo", el chucho, se retorció en atisbos y luego de un largo quejido que se retrasó en la palanquera, voló a acurrucarse a los pies del amo sorprendido. El Juan Pacay se revolvía inquieto. ¿Qué le traería la tormenta? Alguien había chismeado que la muerte andaba **aguzada**

merodeando en la región, pero él no creía que empezara por su rancho donde sólo había un alma que **levantarse.**

—¡Avemaríaaaa...! ¿Dan posadaaaaaa?

Era un lamento de mujer que en medio de los crujidos tempestuosos crucificó la anchura del camino llovido.

—¡Dentre pueeeeee!

Así fue como la cólera de la tormenta que amenazaba con romper la tierra, hizo entrar el calor al rancho, derrotando la tristeza y barriendo el abandono que desde su juventud sin sentido se derretía sobre el tapexco amortecido del Juan Pacay.

La carne tiene las mismas costumbres en el barro y espera iguales oportunidades. Apenas solos los cuerpos que se atraen, se buscan ya en la brujería del ensueño que sabe a miel y a grito de la sangre reclamante. Dos palomares blancos son los que se abren y hacia ellos va la dicha entonando la canción de lo jocundo, con olor de rama y de espiga madurada en los ardores del querer.

—¿Mucho frío hay juera, verdá?

—Sí pue... Por eso pedí posada.

—Aquí dentro era pior..., hasta que vos entraste.

El viento seguía abanicando sobre los breñales y un bruto rumor de agua desesperada gemía como caballo herido. La tierra misma era una hembra dolorida que se batía a patadas y mor-

discos en la batalla de la desesperación, contra aquel cielo encaprichado y lúbrico que le estaba abriendo el sexo a puñaladas.

El Juan Pacay nada veía. Pero sabía que ella estaba allí, porque la adivinaba en el milagro de sus deseos antiguos y la sentía cerca, muy cerquita, retando su abandono con la dulzura de dos pechos que gritaban por un beso.

Mientras tanto la tormenta cedía y una tierna claridad comenzaba a dibujar un horizonte de cerros empapados y agrios. Sin embargo, el frío acrecía como una burla para el fuego que empezaba a arder en los cuerpos silenciosos y jadeantes.

—Ha mermado el agua, pero el viento chifla juera...

—Chifla duro pue.

—El camino ta solo y esto también... Podías quedarte.

Y al día siguiente, cuando los sembradores cubrieron de risas las veredas, corriendo hacia el sol de los surcos hinchados por la lluvia, miraron con sorpresa que una mujer brotaba como una milpa más en la vieja heredad del Juan Pacay, el hombre que embarazó la tierra, que llenó de inmensa felicidad, de goce doloroso y fecundo al amor que le imploró posada, el mismo que ahora se burlaba del viento huracanado y frío que ya no podía hacerle nada ni en las más terribles heladas de diciembre, porque se había colmado de color su rancho y pintado de besos su tapexco.

Muchas tormentas clavaron sus miembros enardecidos sobre el sexo de aquella tierra que nunca avejentaba y jamás se cansó de producir. Los milpares fueron la gloria del valle y dicha radiante en su llegada, porque con cada nueva cosecha un patojo más entraba al rancho del Juan Pacay, saliendo del vientre bendito de su mujer que tampoco envejecía con los años.

Así era, en verdad, el prodigio de aquella raza que sólo comulgaba con el trabajo, ahijada del tiempo y protegida de los mismos elementos, pues en el valle no tenía más que amor y respeto a Dios. Las voces solamente servían para rezar a la hora iluminada del ángelus y para cantar en el minuto de los requiebros, cuando la luna se obliga ante el hechizo de los **jacarandales** y las guitarras hacen trizas el viento con el riel de sus cordajes apretados de brujería

Por eso a la mujer del Juan Pacay no la arrugaban los años. Cada nueva primavera ponía un brillo más tierno en sus ojos de aceituna sazona. Cada invierno le templaba más los senos que tremaban por nuevas caricias y los chirices que iba arrojando al mundo le hacían el milagro de perfeccionarle más las ancas, hasta dejárselas tensas y ariscas, pletóricas de vitalidad, oprimidas de ensueño, como empeñadas en seguir dominando la tortura del sexo y provocando —dentro de su misma santidad—, el ansia brutal de los hombres.

Y esa fue la razón definitiva, parte de la maldición que acabó con la felicidad pacífica del valle.

Tierra caliente que produce muchos frutos no puede estar reñida con la codicia. Un día centenares de **canches** del norte dispusieron que aquella región podía muy bien enarbolar las banderas esmeraldas de un campo bananero. Los munícipes ahijados del Juan Pacay —ahora jefe de la comunidad—, no se quejaron y se fueron replegando con sus cajas de tristeza hacia la hondura del campo que únicamente les iba quedando como herencia miserable de sus sudores explotados y vendidos.

Día a día llegaban más y más quejas a los oídos afiebrados y rudos del indio anciano que sólo aconsejaba paciencia, con la esperanza de una justicia divina a la que él, en sus tribulaciones, había recurrido siempre. Pero aún así los primeros dueños del valle comenzaron a desesperar.

—¡Se jartaron la cochita que engordaba pal bactizo de mi chirís!

—Asperemos, pue...

—¡Los caballos gringos se han volado dos tareyas de tunalmil!

—Asperemos, pue...

—Tata..., ¡se güeviaron el máiz de todo el año!

—Asperemos, pue...

Y con esa cantinela que rodaba como un trueno cada vez más lejano y débil, el agotado cacique quería mantener a su gente en comunión con Dios, esperanzados en la justicia. Mas los

abusos se multiplicaron. Y hubo algo peor a los ojos de aquellos seres desesperados: los norteños se apoyaban en los ricachones criollos y éstos en forma dudosa habían adquirido los terrenos que besaban las faldas de su propio valle.

El Juan Pacay desvelaba sus noches a la sombra de un desvarío incierto que poco a poco lo echaba en brazos de la violencia. ¿Qué hacer contra aquella tanda de metidos que venían a robarles el tesoro de la tranquilidad? ¿Qué medidas tomar para que el rancherío volviera a apropiarse de lo que por antigüedad era legítimamente suyo? ¿Hacia qué autoridad dirigir los ruegos, elevar la protesta, si los bananeros habían violado sus tierras con rimeros de papeles que legalizaban el atropello de sus parajes vírgenes amados? Además, la rebelión de su gente le decía que tenía que hacer algo. "Tenemos que hacer algo... —se dijo—. ¡Y pronto!" Arrimado al horcón de su rabia se llenaba, a pesar de todo, los ojos de luna, en una especie de temblor que de haber sido en un blanco se habría cuajado en lágrimas.

—¿Jueron muchos, patojo?

—Plebe... Yo mesmo los albertí.

—¿Onde empezó la cosa?

—Ay mero, cuando yenaba el cántaro...

—¡Gringos cabrones!

Grupos de indígenas desconcertados, sombríos y callados, colmaban sus miradas con el dolor de lo que sus ojos recogían frente a la escena bárbara. Medio sumergido en la fuente,

recostado sobre un almohadón de juncos y lodo sangriento, yacía el cadáver de la mujer del Juan Pacay. Los ojos que atraparon el pom de las mañanas, estaban ahora cerrados, como negándose a todo, sin querer saber más de la miseria de los hombres que ultrajaron la pureza de sus carnes. Los labios estaban mordidos en una terrible mueca de espanto y rabia, mientras sus piernas se doblaban sobre dos manos que apretaban con angustia el sexo violado. Y cuando el cuerpo fue levantado por los propios hijos de la difunta, se pudo ver que en las uñas se le enredaban colgajos sanguinolentos del pellejo blanco de los criminales.

Hasta entonces comprendieron los aldeanos que la maldición no eran ellos. No. La causa de su desgracia era la turba de perros que en mala hora llovieron como langostas sobre la paz del valle que nada les debía. Había que entrar al desquite. La venganza era un mandato que Dios no perdonaría. Pero su ejecución era inevitable. ¡Tenían que buscarla...! ¡Lueguito! Por primera vez de las cuencas del Juan Pacay se despidió la ternura. En lo honrado de sus ojos comenzó a arder una luna creciente, tan roja, tan cargada de metal agrio como la sangre que se pensaba derramar...

—¿Cuándo, papa?

—¡Agora mesmo!

Los demás comprendieron la orden y en grupos silenciosos se entraron en la noche. El campo se tatuaba de luciérnagas y el arco celeste

desdoblaba sus exhalaciones, dejándolas caer a pausa como justo homenaje al obligado descanso de la mujer del Juan Pacay...

Las estrellas dudaban en la altura y el campo bananero dormía, mejor dicho roncaba groseramente bajo la murria del clima asesino. El **comisariato** se abandonaba bajo una modorra de bestialidad saciada y el **bar** era un bostezo de ron y colillas maltratadas por las suelas ebrias. Entre hipos y ronquidos los **fruteros** yacían saboreando en el sueño el deleite de su hazaña bárbara. Para ellos el cuerpo de la india fue sólo un instrumento de goce. En los hombres del valle se convirtió en el mandato de un delito vengador y fiero. Dicen que los bananales sueñan, pero con la mano aborrecida que los martiriza... Ahora parecían gemir y cuando la alta luna comenzó a hacer piruetas en los bejucales, las plantas desgreñaron su selvatiquez arañadas por un vientecillo que se dolía en sus resuellos. ¿No sueñan, acaso, los bananales? Los **yanquis** continuaban tendidos a lo largo de sus camastros sin presentir nada. Pero entre los cuadros de la plantación un millar de hombres se deslizaban reptando, como víboras sueltas, como **barbamarillas** alistadas en la traición y el veneno, denunciándose apenas por el relumbrón de los machetes fantasmas que devolvían sus rayos a la luna, marchando decididos a oficiar en el altar de la venganza.

La orden fue un alarido que el viento recogió

para hacerlo llamado circular que se regó por selvas, llanos, cumbres y laderas. En la selva rebotó de tronco en tronco, mordiendo lianas y acuchillando parásitas, derribando tallos carcomidos y abatiendo ramas anémicas, hasta quedar prensado en el pantano, repetido a secos intervalos por el croar de las ranas asustadas y los sapos enfermos de misterio. En el llano se tendió como una manta de odio y avanzó hasta los ranchos para sorprender a las mujeres vigilantes, fatigadas e inquietas, que apretaron sus críos, arropando las cabecitas granosas entre sus pechos fláccidos y estirados en la maternidad. A la cumbre el clamor llegó más descarado porque, precisamente, fue emitido por hombres que confesaban a Dios su ley de venganza. Los cerros lo adivinaron y respondieron despeñando sus pedruscos en una avalancha aterradora que hizo bramar la tierra y tronar a los cielos sorprendidos. Y fueron los guijarros desbandados los que llenaron las laderas de espanto en una agonía cruel, especie de centelleo estrepitoso, que aplastó los últimos recodos de árboles amansados en el silencio, acostumbrados a ser respetados en su mutismo de siglos, allá en el centro del abismo donde supieron del primer abrazo solar y del lloriqueo inicial que precedió a la tormenta que les enseñó el abecedario de la frescura.

Cuando el retumbo se fue debilitando y quedó al fin convertido en un leve susurro perdido en la distancia, los hombres del valle enviaron otro multiplicado por mil en su persecución, porque se habían adentrado en la matanza...

El primer dormitorio —el de los centinelas, fue liquidado en cosa de segundos. La orgía había sido general y los celadores dormían sobre sus armas. Rodaron las primeras cabezas y el acre vaho de la sangre recordó a los atacantes aquella **otra** sangre que los del norte no supieron venerar y comenzaron, entonces, su distribución horrenda de filazos, mientras lanzaban las camas desbaratadas sobre los cuerpos agonizantes y rendidos. Los subalternos del Juan Pacay no estaban dispuestos a perdonar. Pisando los rostros aterrorizados de los heridos, irrumpieron en la primera de las salas grandes y allí la carnicería se acrecentó. Nadie pudo defenderse. Sorprendidos en su sonambulismo alcohólico los blancos se levantaban atolondrados, chocando de compañero a compañero, buscando inútilmente una salida, sólo para enredarse mutuamente y caer presa de los tajos vengativos de aquellos hombres que tomaban la justicia por su mano. Ni un grito claro se escuchaba, pues toda nota participaba de una orquestación macabra, dantesca y apesadillada. Un perro aulló en la lejanía y otro le contestó más lejos, desde allá del valle, con un quejido más largo, más lento y mucho más doloroso. Algún viajero solitario encogió sus nervios ateridos en mitad del camino y un finquero vecino pudo afirmar, sin equivocarse, que al claror de la luna los dos animales oteaban la presencia

de la muerte que esa noche levantaba su mejor cosecha.

Sonaron de pronto los primeros estampidos. Eran los indígenas que empezaban a utilizar las armas arrancadas a los blancos. El segundo dormitorio no tardó en caer y así el tercero, el cuarto, el quinto y hasta el décimo. Vano resultaba cualquier intento de fuga. Los criollos, después de trazar una ronda de muerte, se iban cerrando sobre aquel cúmulo de hombres enloquecidos de terror, trémulos y demacrados, mudos y hechos ya para la tumba. Ellos mismos buscaban el final, yendo al encuentro de los **corvos** asesinos con ímpetu suicida, con un deseo febril de terminar antes. Millones de pestañas celestes vibraron nerviosas en la altura, quebrándose en reflejos angustiados que no llegaron a la tierra, al quedarse horadando las nubes estancadas en el perfil rutilante de la luna. Alguna extraña piedad tuvieron por ofensores y ofendidos, pues una ligera llovizna salpicó el lecho de la tierra coagulada, negra y descompuesta. Esta vez los perros estaban seguros de lo que ocurría. Aullaban en coro, diluyendo sus lamentos en la hondura del cielo mortecino y frío, estirando sus hocicos famélicos detrás de los túmulos diseminados en el llanto helado de la cordillera.

Faltaba el último decreto. Retumbaron nuevas detonaciones y el eco pasó galopando hacia los suburbios del poblado más próximo. Aquí se vio al cocinero negro tratando de escapar por un tragaluz, pero desde un **amate** cercano recibió un

escopetazo que le aposoló el cráneo calvo y acharolado. El cadáver se desplomó lleno de sombra, arrastrando en su caída una **araña** de queroseno que al estrellarse contra las baldosas libró un estampido que devoró muchos kilómetros sin apagarse. Brotaron las llamas acortinadas y ondulantes, comenzando a arder sábanas, colchones y almohadas empapados del inflamado combustible. La luz rojiza descubrió a un capataz que en tétrico galvanismo intentó echar mano al **especial**, pero un certero filazo separó la mano amoratada que rodó dando saltos por la escalinata, aferrada todavía a un arma que se negaba a disparar. Más allá, por la pendiente que conducía al río, un **chequeador**, después de perder la pierna izquierda, intentaba huir. Saltaba a trancos con su miembro ileso, mientras del muñón opuesto manaba torrentes de la vida que se le iba. Dio un paso más, el último paso y rodó por la cuesta. El pelo sereno de las aguas se abrió para recibirlo y en aquel abrazo gélido se confirmó la unión del pasado con el presente, del ayer con el hoy, ambos en proyección esperanzada para la búsqueda de un mejor mañana. En el río estaba calcado el tiempo que, sin embargo, a veces parecía morir. La verdad era que un cuerpo se desarraigó del tiempo y renació del lado de la muerte cobrando nueva vida para el tiempo. Después se deslizó flotando, danzando, y ondulando, incrustado en la corriente que era, a la vez su tiempo y su destino...

Poco a poco el fuego dio cuenta de lo que

quedaba. Una hoguera gigante se plantó en la noche desafiando el blanquecino temblor del campo lunado. A su resplandor se recortaban las siluetas rígidas, sudorosas y brillantes de los justicieros del Juan Pacay. Los machetes cansados de tronchar cuerpos y suprimir existencias, ahora se antojaban en un desmayo calmoso, sostenidos apenas por el brazo dominador que les ordenaba. Más tarde, cuando sin mandato expreso los campesinos fueron retornando nuevamente al fondo de su tranquilidad alterada, al rancho y al tapexco, a la taza de café ardiente que aplastó sus pasiones y calmó sus nervios erizados, un mensaje sin respuesta estaba llegando a los oídos insensibles del radiooperador, cuya cabeza cercenada se mecía al viento, balanceante y trapeceante, mientras dos audífonos aferraban los coágulos sudados por aquella pieza servida ya en el festín de los gusanos...

Nuevamente la tos seca pareció retar al trueno. La tormenta hecha grumos rodantes se batía en la vera del ocaso. La vieja soledad poniente saboreaba aquel estallido invernal, mientras el valle sacudía su lana entumecida y el cielo se entornaba como una brecha promisora sobre el rancho tuberculoso del Juan Pacay. Un lucero vespertino sembró de agujas luminosas la comba lejana y un plumón de pájaros retrasados cruzó rayando el viento hacia la luminaria del primer celaje. Aquel alboroto destrozó el penúltimo instante de la tarde, para quedar brincando sobre el oro recargado de

los pajonales. De nuevo los labios del campo sonreían reventando en los frutos, destilando azúcar en la maduración. El aguacero había amainado y el retumbo resonaba cada vez más distante y débil, pero un nuevo temporal se estaba gestando en el alma del indio, arado de estertores, amargurado de hálitos mortales...

Repicaron los campanarios del escándalo. La ciudad entera se recostó en el sobresalto como saliendo de una pesadilla. De verdad que el notición madrugó en los aldabones del temor, erizando vellos y agrietando poros abultados por el frío tempranero.

—¡Coraje el de esos caitudos condenados!

—¡Parémoles el rancho a tiempo, si no...!

Y así fue como el odio de la autoridad se estampó sobre aquellos legionarios de la desgracia, que con tanto apego supieron volver por el auténtico derecho de sus heredades. Los buitres del papel escrito babearon tras la vergüenza de unas páginas cubiertas de mentira. Se habló en nombre de la sociedad ofendida, de los ricachones ultrajados en su honor, de los "progresistas norteamericanos" masacrados por una indiada salvaje y desmandada. Y fueron estos burgueses temerosos los que tentaron el orgullo militar, inyectando vanidad a los jefes de espadines castos, que solamente esperaban una oportunidad para hacer público el valor que amparaban sus galones.

—¡A ellos de una vez!

¡No queremos presos!

—¿Oyeron? ¡Indio visto, indio muerto!

Por esta vez el humo de la pólvora pasó muy bajo despertando el valle, arañando la tierra y quemando el alfombrón callado de los **frijolares.** La costra borrosa se pobló de gritos y el estampido volvió a dar tumbos marrando soledades, atrapando latidos con ímpetu grosero.

Se habló de resistir. Mas la vanguardia de los naturales se destrozó frente al primer intento. Uno tras otro los vengadores del Juan Pacay fueron hablando de entregar su noche, de llenarse de ceguera azul y tornar hacia aquel silencio lejano que doraba los surcos, cuando ellos no eran más que un suspiro en el barro moldeado por aquellas madres indias que hilaban la canción del viento, quedándose dormidas sobre el rumor del río, soltando zarcillos jubilosos y afianzando raíces con el anuncio del parto venidero.

Todo era preferible. ¿Qué gesto era más gesto que su gesto? La tierra —¡su tierra!—, no tenía que ser para el ladino. Podían tomarla, ararla y sembrarla si querían. Pero allí estarían ellos abajo, tan plenos de su abrigo dulce, mojando sus huesos podridos en el atropello, agitando su bandera salada, maldiciendo por siempre las cosechas de sus victimarios. Nunca más el vaho tempranero volvería a poner velos de novia a la tierra desflorada en su aventura anual de mayo. Nadie sorprendería ya a la tórtola musicando en los crepusculares, ni robando el grano y abanicando luego sobre

la acuarela de las tardes colgadas en retazos sobre la uña descascarada de los maicilleros... ¡Nadie, nadie!

¿Huir? ¿Hacia dónde? Si más allá del valle no había más que muerte. Era la selva, la ciénaga hambrienta y el pantano calichoso lo que les esperaba. Era la llaga de los árboles que un día amanecían sanos para dejar el pus verdoso sudando en los músculos del hombre. Comienza por un punto rojo que pica sabrosamente y dan ganas de rascarse. Pica más y el cristiano se rasca más. Hasta que un día la carne se arranca a pedazos y es un esqueleto el que remeda al vegetal, aullando bajo aquel embrujo verde, descolgando lagrimones purulentos, descansando la lengua salitrosa sobre la cáustica de los bejucos venenosos...

No. Huir era imposible. Era como traicionar la tierra y dejarla huérfana en ausencia de los huesos amados. Sin el abono de ellos la esperanza de nuevas guitarras caería definitivamente en el olvido, la oración de los surcos se iba a ir perdiendo palabra por palabra, hasta quedar vacía y sin sentido, plagada de notas indefinidas que podían aprovechar los blancos para agigantarse en su credo delictuoso. Puede que entonces la tierra —mujer al fin—, sucumbiera bajo el embrujo de otros cordajes y rompiera su promesa de no frutecer, sino para aquella dependencia que arrancaba de las manos nudosas del Juan Pacay, el mismo jornalero tenaz que por primera vez la arrancó al monte para entregarla a la cadencia de una violación que renació

cantando en el milagro. También eso era como matarse acobardados... Mejor que vinieran los ladinos endemoniados a propiciar su entrega, destapando el galillo quemante de la **tartamuda** que ya había dado cuenta de los ranchos que se erguían del lado aborrecido de los bananales...

—¡Que vinieran!

—¡Que vinieran!

Y la soldadesca llegó con el caracol rodante de sus máuseres escupiendo silbidos calientes, enardecidos de metal y rabia. Soles marchitos regaron su polen sobre el piso lacroso de los huatales incendiados y muchas lunas menguantes adelgazaron su perfil muriente, tras la agonía prematura de aquella raza que supo cautivarlas con el beso de sus nocturnales olorosos a molienda, a algodón y a café maduro.

—Tata, hoy quemaron el rancho del compadre Mateo Tiul... ¡La Brígida con los güiros se chamuscaron dentro!

—¡Ladinos mierda!

—¡Ay, tatita! ¡El Lupe Corcio y el Toribio Cinto tan colgando pa los zopes en la cruz de piegra del atrio...!

—¡Y se dicen cristianos los chingados!

El Juan Pacay ya no quería orar. Masticaba blasfemias y destripaba cada grito que torcía el curso de dos lágrimas por tanto tiempo contenidas. Sus críos, aquellos pedazos de él mismo que fraguó bajo el sereno de las milpas sazonas o detrás de las parvas en los patios dorados de la trilla,

habían seguido el camino de su mujer violada. Allá estarían ya —los muy **rejodidos**—, hablando con ella de alisarle los cabellos con agua desvelada de las torrenteras en los días reverberantes del verano. "Tal vez es lo menos **pior**..." —se dijo—. Pero un rudo tabletear de balas, lo tornó al dolor de lo que en la llanada estaba ocurriendo.

Un horizonte de humo le decía que más allá del terminal valluno, ladeando la feracidad de los **bajíos** limosos, las antorchas habían caído sobre la secular heredad del tío Camilo Chicaj y del Benito Chocolá y el Tomás Chilel y la comadre Cirila Baiza y tantos y tantos que ahora estarían mordiendo el **jaraguá** con su mueca funeral de despedida, o adornando los caminos con sus péndulos de carne amoratada y putrefacta. Tambor por tambor se habían ido humillando a la descarga*. También las aldeas vecinas pagaban por delitos que nunca cometieron. El sol poniente cubrió de un rojo más intenso la hoguera de las campiñas. Era raro... Pero al indio momificado en el rencor le pareció como si aquella cúpula ardiente sólo esperaba una orden suya para desplomarse, para caer de un viaje machacándolo a él y a "Lagartijo", a su rancho, a sus trojes, al valle que ya no lo necesitaba, a la tierra que de nada le servía... ¡A todo! ¿Que le importaba nada? ¡A todo! Creyó que avanzaba sin moverse de su sitio. ¡A todo! ¿Y qué? ¡Puños para abatir su inútil sueño! ¡Dientes para castañetearlos

* En las aldeas indígenas en vez de campana se utiliza un tambor para congregar a los comuneros.

con su esqueleto a cuestas! ¡Rabiaaaaaa! ¿Y qué? ¡Furorrrrrr! ¿Y qué? ¡Eso era él. . .! ¡A todo, a todo, a todo!

Después sintió que las cosas caminaban. Algo blando, como pincel de amaranto, le viajó por el cerebro. La mano de un ángel le cambió los ojos y en su lugar dos lirios blancos le abarcaban mirando hasta cuando agotaban su perfume. Una sombra vaporosa le cruzó las manos. Dos ríos lácteos quedaron frente a él formulando un extraño "no sé qué", repetido en un llanto que parecía brotarle del ombligo. Claro que todo estaba caminando. Se veía frente a un Juan Pacay minado en transparencias, conversando con otro Juan Pacay más curtido pero siempre él mismo que de un cráneo encalado iba sacando las líneas del destino. . . Quiso hablar para llamarse, pero no pudo porque estaba hecho de tiempo. Era él con su tiempo a cuestas girando hacia su propio retornar. Raro era, en verdad, lo que estaba ocurriendo. Sólo pensaba y su pensamiento venía pronto a él lleno de formas. Pensó una vez más en su mujer y al momento la miró venir. Traía nardos y girasoles blancos que aventaba a brazadas con una felicidad de campo abierto, sólo parecidas a las que había contemplado en el ensueño de las lloviznas irisadas, por aquellos mayos que bajaban abundosos de cielo y en el gozoso dolor de los partos terrestres. ¿Para qué evocó a la muerte? Ahora todo se le desvanecía. Ejércitos de margaritas rodaban por la llanura desolada marchitándose en su fuga, con espejos de noche

fijados a la frente, en tanto cerros de cruces incompletas flotaban sobre un mar que despacio se iba consumiendo. . . ¿Y qué le dio imaginar el fuego? Sintió que un triángulo voraz le calcinaba el pecho. Un torrente rojo vivo destiló su abdomen y los altos luceros bajaron lentos a beberse en él, pegándose a su carne que se plagó de heridas. . . Después se iluminó en lo blanco y lo blanco volvió a renacer en su voz harta de sombras. El mundo entero se revolvía en burbujas y todo viraba hacia la albura, como la paz del arroz hirviente en las ollas caseras. Blanca la noche de la luna blanca. Blancos los cumbreríos agitados de temblores blancos de azucenas que rompían la fiesta de sus capullos, yendo a lavar su cara en el agua espumante de las torrenteras. . . Blanco de paz. . . Blanco de alegría. . . Era el valle que tornaba a florecer. . . ¡Sí, sí. . .! ¡Era el valle, el valle! ¡La misma paz de siempre y para siempre! ¡Y en medio él, el Juan Pacay nuboso y blanco. . .! ¡Locura de blanco! ¡Locura de paz. . .!

Después lo supo. Una bala quemante le chamuscó el cerebro y lo mantuvo dos lustros con la mirada perdida y la voluntad atada a una noche oscura y sin fronteras. . .

Sin embargo, la tierra les fue fiel. Plaga tras plaga acosaron los plantíos bananeros, la maldición de los muertos cayó de plano sobre los invasores y los norteños tuvieron que marcharse renegando de su suerte, cuando un ciclón **matrero**

abatió la última esperanza que se empecinaba en la elegante armazón de sus chalets campamenteros.

Años más tarde las lluvias renovaron el milagro y un milpar silvestre brotó desordenado y loco, verdeante de cantares y aires trémulos, sobre la misma costra donde antes él enterró su botija de ensueños y sudores y donde una mañana, cuando se levantó para cambiar bostezos con la bruma, se encontró con una voz enredada de crepúsculos, pero que para él encerraba la seriedad del triunfo: ¡El Juan Pacay embarazó la tierra!

—¡Embarazó... la tie...rra!

La tormenta huía, huía oliendo a duelo. Un largo quejido tendió sus alas sobre el rancho y se metió en la noche que lloraba en la oquedad del valle. Las estrellas parecían más limpias en su pena... ¡El Juan Pacay ensayaba a cosechar ya entre los ángeles...!

VOCABULARIO

Acabamos	Matamos.
Acabando	Matando.
Acabaron	Mataron.
Acabarse	Matarse.
Achispaba	Avivaba.
Agora	Ahora.
Aguzada	Laboriosa, trabajadora.
Ajusilan	Fusilan.
Alaverdá	En verdad, de verdad.
Albarda	Silla tosca de montar, fabricada con cuero crudo.
Albertí	Advertí, descubrí.
Alguaciles	Autoridades civiles, que en Centroamérica se reclutan entre la gente humilde de las poblaciones.

Alto Chiclero — Trabajador de suma experiencia, muy cotizado.

Amate — Arbol centroamericano de follaje frondoso.

Ansina — Así.

Aperdona — Perdona.

Aporque — Operación de remover la tierra para la siembra de trigo. En los maizales el **aporque** consiste en afianzar la base de la planta, para defenderla del viento y abonarla a la vez.

Aradas — Tierras propias para arar.

Arrayanes — Arbusto centroamericano de fruto ácido.

Arresto — Impulso, decisión, arrojo.

Asperar — Esperar.

Atabales — Tambores.

Babosadas — Bobadas, simplezas.

Baboso — Bobo, zonzo.

Bactizo — Bautismo, fiesta de celebración bautismal.

Bangué — Campamento de trabajadores en la selva.

Baquetas — Bolillos rústicos con que se ejecuta en la marimba.

Barbamarilla — Serpiente muy venenosa de la selva tropical, principalmente de Guatemala y México.

Barracones — Habitaciones toscas de madera y lámina, construidas en medio de la montaña.

Beliceño — Habitante u originario de Belice.

Bodegón — Galpón que sirve de bodega u oficina.

Bongó — Tambor utilizado por los negros, en sus festividades y culto religioso.

Bongoseros — Los que tocan el **bongó.**

Cabrón — Expresión grosera, insulto.

Cacaxte — Jaula de madera utilizada para llevar carga. Los indios lo llevan a la espalda y sostenido por una faja de cuero a la frente.

Café — Color marrón.

Caites — Sandalias ordinarias de cuero.

Caitudos — Despectivo para el que usa sandalias. Se aplica a los individuos del pueblo bajo.

Canches — De pelo rubio o castaño.

Caobares — Plantaciones de **caoba.**

Cauchero — Dícese al que trabaja en la extracción del caucho o goma.

Clan — Aguardiente clandestino.

Clarinero — Ave negra del trópico que destruye las siembras recientes.

Cocuyos — Variedad de luciérnagas, abundante en Centroamérica.

Cochita Chanchita, marranita.

Colgarse Apasionarse, enamorarse.

Comisariato Oficina central de un campo bananero y lugar de expendio de mercaderías, únicamente a los trabajadores.

Compa Compañero, amigo. Algunas veces se dice al compadre.

Comuneros Integrantes de una comunidad indígena.

Confirma Confirmación religiosa y fiesta de su celebración.

Contratista Encargado de contratar trabajadores para la explotación del caucho.

Corvo Machete.

Cosecheros Trabajadores rurales, labriegos.

Cotón Jubón corto de manta, usado por los indígenas en vez de camisa.

Coyotes Variedad centroamericana de lobo.

Crenchas Cabello sumamente alborotado.

Cuadrilleros Componentes de una **cuadrilla.**

Cuarto Cuarta parte de una botella o litro de bebida, generalmente de aguardiente.

Cuate Compañero, amigo.

Cuerdas (cargar o trabajar con). Hacerlo con música.

Culebrinas Trazo de los rayos en el cielo durante las tormentas. En las tempestades tropicales y cuando son contempladas a distancia, el espectáculo que ofrecen alcanza los límites de lo sublime.

Chagüitosa Pantanosa, fangosa.

Chamarra Colchas de lana de fabricación indígena.

Champa Construcción improvisada, galpón de madera y láminas viejas.

Chance Oportunidad para intentar algo.

Chequeador Dícese al que controla la tarea de los peones.

Chiclera Mujer que trabaja en la extracción del **chicle.** El trabajo es tan rudo y está rodeado de tantos peligros, que, generalmente se reserva a los hombres.

Chiclero-s Dedicado a la explotación del caucho, goma o chicle.

Chicle Látex aglutinante, lechoso y elástico que se obtiene del árbol de **chicozapote** y que se utiliza mucho en la industria para diferentes usos.

Chicozapote Arbol del cual se extrae el chicle, llamado también caucho, hule o goma. Es muy abundante en el norte de Guatemala y sur de México.

Chifla Silba, silbido muy agudo y ululante.

Chingados Insulto común en Centroamérica.

Chirís Niño recién nacido o por nacer.

Chivao Tuerce, desdichado, sin suerte.

Chucanadas Bromas, generalmente ligeras.

Chúcaros Bravíos, briosos.

Dijunto Difunto.

Doblada (tortilla). Tortilla doblada en dos y rellena de queso o carne.

Duende Trasgo de la fantasmagoría centroamericana, aparecido.

Ebano Arbol de la familia de las ebenáceas, del cual se obtiene una madera muy fuerte, lisa y de color profundamente negro. Esta madera tiene mucho valor en ebanistería.

El Cayo Población del territorio de Belice (Honduras Británica), perteneciente a la República centroamericana de Guatemala, pero ahora retenida ilegalmente por Inglaterra.

Embó Embrujo, magia negra en la zona del Caribe.

Embrecó Abstenerse de algo, evitar una confesión. Muchas veces significa violentarse, enojarse.

Enantes Antes, anteriormente.

Enganchar Inscribir, integrar una tropa de trabajo.

Enmulado Enamorado.

Especial Revólver calibre 38 largo.

Espinuemierda Insulto fuerte.

Equipo Instrumental de trabajo, conjunto de herramientas.

Filazo Herida causada por machete, machetazo.

Frijolares Plantaciones de **frijol:** Leguminosa común en Centroamérica y constituye la base alimenticia de la población campesina en algunas regiones de El Salvador y Guatemala.

Glu glu Ruido onomatopéyico del burbujear del agua en las fuentes o arroyos.

Gluglutear Burbujear continuado del agua.

Goma Resina que produce el caucho, hule o chicle.

Gong Disco de cobre muy sonoro.

Gringo Yanqui. Dícese generalmente al norteamericano.

Guaro Aguardiente de caña, bastante ordinario y muy fuerte.

Güelve Vuelve.

Güena Buena.

Güeviaron Robaron.

Güijes Brujos de la selva afro-antillana.

Güiro Niño, pequeñuelo.

Hamaca Red de pitas o cordeles, que atada por sus extremos a dos soportes, sirve de cama o columpio en el trópico.

Hijelagran	Hija de la gran...
Hijuepuerca	Hijo de puerca.
Hoga	Ahoga.
Hora	(trabajar o hacer algo con la). Que se hace a un tiempo determinado o conocido por los demás.
Horita	Ahorita, en este momento.
Hormigo	Arbol de Guatemala de cuya madera se fabrican las marimbas.
Huatales	Llamados también **guatales,** terrenos cultivados de **guate,** variedad de zacate. En algunas regiones a los **huatales** se llama también **guateras.**
Hule	Material elástico muy utilizado en la industria, obtenido por coagulación del látex del **chicozapote.** Se le conoce también por **goma, caucho** o simplemente **chicle.**
Huleros	Caucheros, explotadores del **caucho, goma** o **chicle.**
Humedades	Terrenos muy bajos que se mantienen húmedos durante todo el verano, pudiendo perfectamente cultivarse en la época más seca del año.
Jacarandales	Bosquecillos de **jacarandas.**
Jacarandas	Arbol tropical de flor color morado, lila o azul celeste, florecen durante la primavera, constituyendo un adorno tropical de los campos, verdaderamente excepcional en esa época.

Jaraguá	Arbusto rubiáceo. Variedad de pasto que invade los potreros en ciertas regiones centroamericanas, llamadas **zacatales.**
Jarazos	Heridas causadas por arma cortante, machetazos.
Jartaron	Hartaron, devoraron.
Jue	Fue.
Juera	Fuera, afuera.
Jungla	Selva tropical, más corriente montaña, monte o montería.
Juye	Fuga, marcha, va.
Lagarteros	Individuos dedicados a cazar **lagartos** en los grandes ríos de la frontera guatemalteco-mexicana.
Leche	(tener). Andar o estar de muy buena suerte.
Lejosa	Muy lejos, distante.
Len	Centavo. Aplícase a cualquier moneda fraccionaria.
Levantarse	Llevarse sin permiso, robarse.
Lona	Tela gruesa y muy resistente.
Loración	La oración.
Los	Usado entre los campesinos y el bajo pueblo por **nos.**
Losotros	En vez de **nosotros.**

Llaga — **Ulcera de chicleros.** Enfermedad muy común entre los trabajadores de la selva tropical, consistente en una pústula localizada en el lóbulo de la oreja, el cual termina por caerse. Los caucheros señalan a un insecto, la **mosca chiclera,** como huésped vector del parásito que produce la enfermedad.

Llanada — Llanura, planicie, extensión abierta.

Magníficas — Oraciones efectivísimas contra los aparecidos y fantasmas, que en medio de las noches, rondan los caminos y se acercan a los ranchos campesinos de Centroamérica.

Madereros — Los que trabajan en la explotación de la madera.

Maicillares — Plantaciones de **maicillo.** Esta es una planta de la familia de las gramíneas, muy nutritiva y básica en la alimentación del campesinado en ciertas regiones centroamericanas.

Mano — Hermano, compañero, amigo.

Marimba — Especie de piano indio, fabricado de la madera obtenida del **hormigo.** Es el instrumento aborigen por excelencia, representativo del autoctonismo musical de El Salvador y Guatemala. La música de marimba se cultiva, además, en los restantes países del Istmo centroamericano y México, pero no con la profusión de los primeros, donde se ha dado tal categoría, al grado de incorporarla a las grandes orquestas, como digna exponente del alma indiana de nuestra América.

Marimbistas — Los que ejecutan música en la **marimba.**

Matapalo — Arbol gigantesco de la selva tropical. De su savia puede obtenerse también una especie de caucho, pero nunca de la calidad del extraído del **chicozapote.**

Matrero — Criminal, asesino, violento y malo.

Mecates — Cuerdas o fajas obtenidas de corteza natural de ciertas plantas o bejucos. Algunos son muy resistentes y pueden sustituir con gran ventaja a los cordeles artificiales.

Mero — Casi, aproximadamente, cercanía calculada de algo.

Mermado — Disminuido, suavizado, quitar algo.

Mesmita — Misma, propia.

Mesmito — Propio, mismo.

Mesmo — Mismo, propio.

Miagar — Dícese del que maúlla como un gato.

Milpa — Plantación de maíz.

Milpares — Plantaciones de maíz.

Milperos — Los que trabajan en la siembra o cosecha del maíz.

Míster — Señor, en idioma inglés.

Mijo — Hijo mío, mi hijo.

Mopán	Río que sirve de límite entre Guatemala y Belice (Honduras Británica), tierra —esta última—, perteneciente a los guatemaltecos, pero usurpada actualmente por los ingleses.
Muchá	Muchachos.
Mulata	Persona nacida de mezcla entre negro y blanca o viceversa.
Mumujos	Migajas, por extensión pequeñuelos, niños.
Murria	Tristeza, pesadez, adormecimiento.
Nahuales	Fetiches, objetos embrujados, de cuya magia es muy difícil substraerse.
Nahuyaca	Serpiente venenosísima de la tierra guatemalteca.
Negreidad	Relativo o concerniente a la raza negra.
Negroide	Referido siempre a la raza negra.
Nixtamalero	Lucero del alba o estrella de la mañana. Se conoce con este nombre al planeta Venus, cuyo brillo precede a la aurora, precisamente, en los momentos en que los campesinos centroamericanos se levantan a cocinar el **nixtamal** o maíz para el alimento diario.
Nuha	No ha.
Ocote	Tablones resinosos, de fácil combustión, extraídos del pino. Se utilizan como antorchas en la iluminación o para encender fogatas.

Octavos	Frasco de una octava parte de botella o litro, conteniendo aguardiente o cualquier otro licor.
Onde	Donde, a dónde, en dónde, hacia dónde, etc.
Pa	Para.
Pacencia	Paciencia.
Palanquera	Puerta rústica que cierra los corrales o potreros.
Pangas	Canoas, embarcaciones rústicas, botes primitivos.
Papa	Padre, papá.
Parar el rancho	Frenar, detener a tiempo.
Parranda	Fiesta campesina abundante en licor y música.
Patojo	Muchacho. Se dice algunas veces a los niños algo crecidítos.
Patojones	Adolescentes, muchachones.
Patrulleros	Integrantes de una patrulla militar.
Pellejo	Piel desprendida del cuerpo, retazos de cuero crudo.
Pencos	Cabalgaduras, bestias de arreo.
Pesadiya-s	Pesadillas, sueños pesados, visiones macabras.
Petate	Tejido de **tule** o fibra de palma tro-

pical, muy utilizado como lecho o colchón en Centroamérica.

Piedrín Piedra muy fina.

Piegra Piedra.

Pijuyo Llamado también **chismuyo.** Ave negra del trópico que abunda en los potreros o sitios frecuentados por ganado vacuno, pues se alimentan de garrapatas y otros insectos.

Pior Peor.

Pisados Insulto fuerte.

Pitas Cordel trenzado hecho de fibra de **maguey** o **henequén.**

Plebe Aglomeración, grupo, abundancia de algo.

Pom Resina de fácil combustión, quemada por los indígenas guatemaltecos en sus ritos y festividades religiosas. Es equivalente al incienso del culto cristiano.

Pozas Remansos, estanques naturales muy sombreados.

Probe Pobre.

Puchis Exclamación, demostración de asombro o admiración.

Puntilleros Cabecillas, los que marchan adelante, vanguardia.

Puro Cigarro hecho de tabaco generalmente ordinario y fuerte.

Puro verde Ramazón, frondosidad, copa cerrada de algún árbol.

Queroseno Líquido inflamable derivado del petróleo.

Quera Quiera.

Rancho Habitación campesina, construida con madera natural y de techo pajizo.

Recoche Muy gordo, obeso.

Refajo Tela gruesa de colores, utilizada como falda por las indias centroamericanas. Para vestirla se enrolla sobre el cuerpo en una sola pieza y se fija a la cintura por una faja coloreada, completando un conjunto muy vistoso y muy típico, diferenciándose las mujeres de cada región por la combinación de matices empleada.

Rejodidos Muy listos, difíciles de controlar. A veces es sinónimo de malintencionado.

Resbaloso De fácil expresión, dicharachero, narrador feliz y alegre.

Rimedio Remedio.

Ruda Planta medicinal del trópico, pero a la que se atribuyen propiedades mágicas. Se emplea en sortilegios y brujerías.

Rumbear Orientarse en medio de la selva, sin necesidad de ver el horizonte.

Es una cualidad propia de los caucheros de mucha experiencia.

Rumberos — Los que saben **rumbear** mejor.

Salazón — Maldición, mala suerte, desgracia.

Salinear — Trabajar en la fabricación de **sal**. Los obrajes de sal se llaman **salinas.**

Saltones — Larvas de **chapulín,** variedad tropical de langosta. Son muy voraces y constituyen verdaderas plagas que arrasan en pocos días las plantaciones.

Sanates — Ave negra muy abundante en la campiña centroamericana. Destruye los sembradíos desenterrando los granos recién sembrados.

Sapillos — Renacuajos.

Sinremedio — Que no tiene curación.

Sombreros de petate — Sombrero tropical, fabricado de hoja o fibra de palmera. En El Salvador se llama **sombrero de palma.**

Son — Música autóctona y propia del indígena de Guatemala. A la tristeza de su melodía se añade el profundo sentido místico de la raza maya, de tal manera que el bailar un **son,** no es para el indio guatemalteco una demostración de alegría, sino más bien, una grave función ritual, una evocación ancestral de su religión primitivamente americana.

Soplarse — (algo). Destruir, arruinar un proyecto, contrarrestar un sortilegio o hechizo.

Soplidos — Soplos imperceptibles, pero impregnados de brujería. El embrujado no los percibe, mas sus corrientes son efectivas y desatan una pasión o una enfermedad sólo curable con el rendimiento o la muerte de la persona, la cual se dice que está **curada.**

Sub-contratista — El que sigue en autoridad al contratante de trabajadores para las caucherías.

Ta — Está.

Tam-tam — Tambor, designado por su sentido onomatopéyico.

Tantito — Porción muy pequeña, un poquito, trozo o porción muy pequeña de algo.

Tapexco — Camastro fabricado de parales o regiones unidos fuertemente por fibras naturales, bejucos, o **mecates** (ver **mecates).** Es el lecho común del campesino medio civilizado, pues el indio puro duerme en el suelo, o sobre colchones de hojas, sin desvestirse.

Tareyero — El que trabaja por **tareya** (Una **tareya** es una extensión de campo medida prácticamente por brazadas, o sea utilizando los brazos humanos como cinta de medir. La **tareya** es de uso frecuente en agricultura indígena centroamericana.

Tartamuda — Sobrenombre con que los campesinos conocen a la ametralladora, se-

ñalando así la semejanza que el disparo de esta arma tiene con la persona que adolece del defecto de tartamudear.

Tastasearon Acción de castañetear los dientes, temblar intermitente de los maxilares.

Tata Padre o anciano. Generalmente se da este nombre a los más ancianos de una comunidad indígena.

Tecolote Búho del trópico.

Tecum-Umán Rey y caudillo guerrero del pueblo guatemalteco que opuso sus ejércitos a los conquistadores españoles, muriendo en el combate, no sin antes haber dado mucho que hacer a los blancos con su arrojo desmedido y el coraje de los hombres a su mando. Cientos de leyendas se tejen sobre la muerte del bravo cacique guatemalteco, pero sobresale la que narra que sobre la cabeza de **Tecum** volaba el **Quetzal** sagrado (ave simbólica guatemalteca), la que le protegía de los dardos hispanos. Pero, advertidos los españoles de aquella invulnerabilidad, acribillaron primero al pájaro protector, cayendo, inmediatamente, herido de muerte el valiente defensor de aquella nacionalidad istmeña.

Tenamastes Rocas gigantes, formaciones geológicas que tapizan el fondo de los abismos.

Tenés Tienes o debes hacer algo.

Tierra Fría Zona norte del Departamento de San Marcos, República de Guatemala, cuyo clima es excesivamente frío.

Tiempo Epoca, temporada de cosecha o explotación.

Timbal Tambor criollo.

Toma Poción, brebaje.

Tonadas Canciones sencillas, generalmente sobre motivos campesinos.

Topar Enfrentar, detener en sentido de ataque.

Trabó Mordió, picó, acción de lesionar el cuerpo humano.

Traiba Traía, acción de traer.

Traida Novia, prometida, enamorada.

Trajiera Trajera.

Trapujeros Contrabandistas.

Tunalmil Plantación de maíz, sembrado muy unido con el fin de que no crezca mucho y poderlo emplear como forraje.

Tunante Pícaro, individuo que asalta de noche en parajes solitarios y caminos poco transitados.

Tuntunera Conjunto de sonidos producidos por los tambores o bongoes. Su ritmo continuado ataca el sistema nervioso y puede producir accesos de locura momentánea.

Usumacinta Río caudaloso que nace en Guatemala y sirve de límite entre este país y México. Su curso en el propio corazón de la selva guatemalteco-mexicana, antiguo asiento de la civilización maya, lo ha convertido en escenario de bellísimas leyendas, referidas por cuanto han tenido la suerte de visitar esas zonas de misterio y de poesía.

Vido Vio, acción pasada de ver.

Viejitos Gestos graciosos, propios de los niños tiernos.

Vito Diminutivo de Victorino.

Volar vidrio Mirar con suma atención. También se dice **volar ojo** o **volar lente.**

Volarse Fugarse, escaparse, irse a escondidas.

Yano Llanura, planicie, extensión abierta.

Yanqui Aplicado a todos los norteamericanos. Se les llama también **gringos.**

Yerbas Hierbas con poder mágico, o susceptibles de brujería.

Yerbasanta Planta medicinal del trópico, empleada por los curanderos para destruir embrujos o sortilegios y hechizos.

Zarabanda Fiesta o jolgorio campesino. En las **zarabandas** indígenas se baila **sones** sin descanso durante días y noches, al compás de marimbas rudimentarias, cuyos resonadores están hechos de calabazas vaciadas.

Zenzontle También conocido por sinsonte. Ave canora de canto melodioso y triste. Generalmente anuncia las tormentas a la caída de las tardes, con una especie de llamado melancólico que se identifica con el carácter de la raza indígena.

Zombie Espectros de la magia afro-antillana. La leyenda asegura que los **zombies** son cadáveres sacados de las tumbas y vueltos a la vida para ser empleados en tareas humanas. Suelen verse en las regiones habitadas por negros, en cuyos caminos irrumpen de pronto desatando un viento de muerte que asusta a cuantos seres vivos lo otean. La verdad es que la ciencia no ha podido explicar la realidad de estos **zombies** muy frecuentes en el norte de Centroamérica y el Caribe.

INDICE

Esta edición consta de 3.000 ejemplares. Se terminó de imprimir el 15 de julio de 1977, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, C. A.

OTROS TITULOS DE
NUESTRO CATALOGO:

TIEMPO IRREDIMIBLE

José María Méndez

OTRAS HISTORIAS FAMOSAS

Alfonso Quijada Urías

CUENTO DE NIÑO

Mario Ruiz

EL BASTARDO, CUENTOS Y CUENTAMOS

Sergio Ovidio García

CUENTOS DE TIERRA Y MAR

Leda Falconio (Aldef)

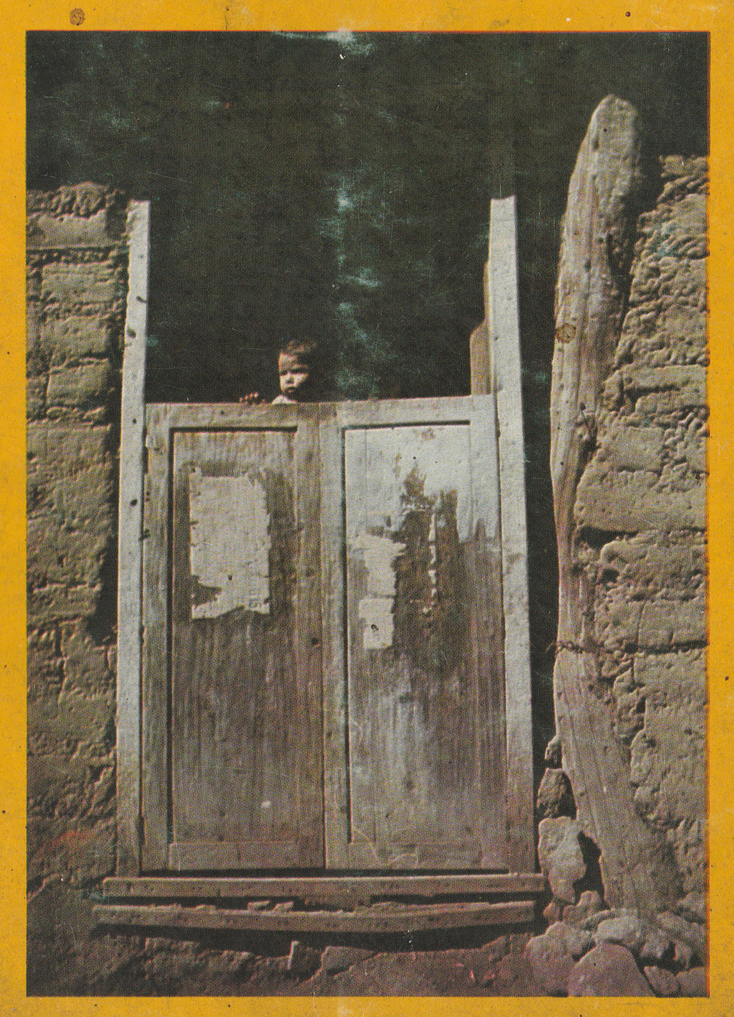
"CUENTOS DE SIMA Y CIMA" de Cristóbal Humberto Ibarra, es una fabulosa muestra de la literatura regionalista. Comprende una colección de cuentos que reflejan, valiéndose de bellas imágenes, las costumbres, creencias y penurias del indígena.

"CUENTOS DE SIMA Y CIMA" es una obra literaria magnífica que contiene además, un inmenso valor antropológico.



CUENTOS DE SIMA Y CIMA
CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA

CUENTOS DE SIMA Y CIMA



CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA